



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

No era un hombre con el que se podía jugar. Al menos... sin consecuencias.

Durante cinco años Levi Tucker, encerrado por un crimen que no había cometido, había perdido el control de su vida. Nunca más una mujer, o cualquier otro tipo de deseo, le arrebataría el sentido común a ese vaquero. Pero entonces llegó Faith Grayson, la sexy y brillante arquitecta que había contratado para diseñarle su nueva casa, y le puso a prueba. Faith era demasiado joven. Demasiado inocente. Tal vez demasiado tentadora.

Prólogo

Levi Tucker

Penitenciaría del estado de Oregón.

2605 State St., Salem, OR 97310

Estimada señorita Grayson:

Debido a determinadas circunstancias, mi condena llegará a su fin antes de lo programado en un principio. He estado siguiendo su trabajo y me gustaría contratarla para que diseñe la casa que quiero construir.

Atentamente,

Levi Tucker

Estimado señor Tucker:

Me alegro de que vaya a salir pronto de la cárcel. Imagino que será un gran alivio. Como podrá imaginar, mi trabajo está muy demandado, y dudo que pueda aceptar un proyecto con tan poca antelación.

Lo lamento.

Faith Grayson

Estimada señorita Grayson:

Sea cual sea su tarifa habitual, puedo doblarla.

Atentamente,

Levi Tucker

Estimado señor Tucker:

Para serle sincera del todo, le diré que le he buscado en Google. Mis hermanos me mirarían con malos ojos si aceptara este trabajo.

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Con todos mis respetos,

Faith Grayson

Estimada señorita Grayson:

Repita la búsqueda y verá que estoy en proceso de ser absuelto. Además, no pasará nada si sus hermanos no se enteran.

Le triplico la tarifa.

Atentamente,

Levi Tucker

Estimado señor Tucker:

Si necesita ponerse en contacto conmigo, asegúrese de llamarme a mi número personal, que aparece al final de esta página.

Confío en que estemos en contacto tras su puesta en libertad.

Faith

Capítulo Uno

Levi Tucker no era un asesino.

Era un hecho ya reconocido oficialmente por la ley.

No había sabido qué esperarse tras la puesta en libertad. Alivio, tal vez. Imaginaba que era lo que sentían la mayoría de los hombres. Sin embargo, en cuanto las puertas de la cárcel se habían cerrado tras él, había sentido otra cosa.

Pura rabia; una rabia terrible que lo quemaba por dentro.

La cuestión era que Levi Tucker siempre había sabido que no era un asesino.

Lo único que había tenido el estado de Oregón había sido un indicio de sospecha. Joder, si ni siquiera habían tenido un cadáver.

Principalmente porque Alicia no estaba muerta.

Y era el colmo, porque aún tenía que divorciarse de la mujer que se había marchado haciendo parecer que él la había matado. Seguían casados. Por supuesto, en cuanto había podido, había solicitado el divorcio y todo estaba camino de solucionarse.

Dudaba que ella impugnara, pero a saber...

Había creído conocer a esa mujer. Y aunque había sido muy consciente de que su matrimonio no era perfecto, no se había esperado que su esposa desapareciera una tórrida noche de verano sembrando la duda sobre él.

Si no había sido intencionado, Alicia podría haber reaparecido en algún momento después de desaparecer. Cuando le estaban interrogando, por ejemplo. Cuando le arrestaron.

Pero no.

Le había obligado a creer que su objetivo había sido que lo arrestaran además de deshonrarlo y humillarlo de un modo deplorable.

Ahora se preguntaba si su relación había sido un juego todo el tiempo.

La chica que lo había amado a pesar de la reputación que tenía su familia en Copper Ridge. La misma que había jurado permanecer a su lado pasara lo que pasara, tanto si él hacía fortuna como si no. Al final la había hecho y le había jurado a Alicia que le construiría una casa en lo alto de una colina en Copper Ridge para poder mirar desde arriba a todos los que alguna vez los habían mirado a ellos por encima del hombro.

Pero hasta entonces había disfrutado en el trabajo, alejado del pueblo donde había crecido. Alicia, por su parte, se había sumergido cada vez más en la faceta glamurosa de su nuevo estilo de vida; al contrario que él, que había querido sencillez. Su propio rancho. Sus propios caballos.

Alicia había querido más. Y, al parecer, al final, había llegado a la conclusión de que podía tenerlo todo sin él.

Por suerte, el dinero había acabado siendo su perdición. Durante los años previos a su marcha, había estado desviándolo a su propia cuenta sin que él se enterara, y cuando se había quedado sin fondos, había ido detrás del dinero que a Levi le quedaba en las suyas.

Y así la habían pillado.

Se había pasado años viviendo del dinero que tanto le había costado ganar a él.

Cinco años.

Cinco años infernales que Levi había pasado encerrado como asesino de una mujer. De su esposa.

En definitiva, una situación estupenda.

Pero había sobrevivido. Al igual que había sobrevivido a todas las mierdas que le habían pasado antes.

Suponía que, al final, el dinero le había protegido en muchos sentidos.

Joder, tal vez no habría podido salir de esa celda y recuperar su sombrero Stetson y su vida de no ser porque tenía un buen equipo de abogados que había logrado que se reabriera el caso... por muy fácil que pareciera, teniendo en cuenta que habían encontrado viva a su esposa.

El chico que había sido por entonces...

Dudaba que ese chico hubiera podido conseguir justicia.

Pero el hombre que era ahora...

Ese hombre se encontraba en un gran solar de su propiedad y situado bastante cerca de la casa que tenía alquilada, mientras esperaba a que llegara la arquitecta. La arquitecta que diseñaría la casa que se merecía después de haber pasado cinco años entre rejas.

No habría rejas en esa casa, en la casa que tanto había querido Alicia para demostrarle a todo el pueblo que ellos dos eran mejores de lo que habían sido al nacer.

La diferencia era que ella no lo era.

Sin él, ella no era nada. Y Levi se lo demostraría.

No, su casa no tendría rejas. Solo tendría ventanas.

Ventanas con vistas a las montañas que dominaban Copper Ridge, Oregón; el pueblo donde había crecido. Por aquel entonces a él y a su familia los habían considerado malas influencias.

Era la clase de chico al que los padres no querían que se acercasen sus hijas.

Una semilla mala caída de un árbol podrido.

Y tenía la sensación de que esa opinión pública no habría cambiado.

Desde luego, esa reputación no había ayudado mucho cuando lo habían procesado y condenado cinco años atrás.

«Patrones de repetición». Era un término que se había comentado muchas veces. Había muchas probabilidades de que un padre maltratador hubiera criado a un hijo maltratador que luego se había convertido en asesino.

Era la progresión natural, ¿no?

La progresión natural de hombres como él.

Alicia lo había sabido, ¡cómo no! Lo conocía mejor que cualquier otra persona en el mundo.

Y, en cambio, había resultado que él no la conocía en absoluto.

En fin, la cuestión era que había acabado en prisión, tal como ella había pretendido, pero había logrado salir de allí y ahora estaría en la

montaña, en su casa superlujosa, y mirando desde arriba a todos los que habían pensado que la cárcel sería su final.

La mejor casa del pueblo y en la ubicación más privilegiada. Ese era su objetivo.

Ahora solo tenía que esperar a que llegara Faith Grayson. Según decían, era la arquitecta del momento, lo mejorcito en diseño de hogares a medida.

Sus casas eran más que simples construcciones. Eran obras de arte. Y él estaba decidido a ser el propietario de una de ellas.

Tenía la misión de recuperar todo lo que había perdido; de vivir lo mejor que pudiera mientras su esposa se veía obligada a asumir que se quedaría sin nada.

En realidad, era imposible demostrar que Alicia hubiera cometido un crimen. Después de todo, no había llamado a la policía, y eso podría servir como argumento de que no había tenido intención de que lo arrestaran. Y también podría resultar convincente que negara haber sabido que él había entrado en la cárcel.

Ella decía que se había alejado de su vida y no había mirado atrás. El hecho de haber estado accediendo al dinero había sido una necesidad y una prueba de que no había intentado esconderse.

Levi no se lo creía. No la creía y por eso la había dejado sin ningún acceso a su dinero. Se había visto obligada a acudir a sus padres arrastrándose para que le dieran una asignación. Y él se alegraba.

Decían que la mejor venganza era vivir bien.

Y eso era justo lo que Levi Tucker pretendía hacer.

Faith Grayson sabía que reunirse con un exconvicto en lo alto de una montaña aislada podía considerarse una estupidez.

Sin embargo, Levi Tucker era un exconvicto porque lo habían condenado por equivocación desde un principio. Al menos, eso era lo que decía el comunicado oficial de la Oficina del Fiscal del Estado de Oregón. Además, era obvio, porque su esposa no estaba muerta.

Lo habían condenado por el asesinato de alguien que estaba vivo. Y aunque se especulaba mucho sobre el hecho de que esa mujer jamás se habría alejado de él si no fuera un hombre peligroso y aterrador, la realidad era que no era un asesino.

Punto.

Sabía muy bien lo que Isaiah y Joshua, dos de sus hermanos, dirían sobre esa reunión. Y sería algo subidito de tono.

Pero a Faith la fascinaba ese hombre que estaba dispuesto a pagar tanto por conseguir uno de sus diseños. Y, sí, a lo mejor todo eso también le había inflado un poco el ego. No podía negarlo.

Al fin y al cabo era humana.

Una humana que había trabajado muchísimo para mantenerse como figura destacada en el mundo de la arquitectura.

Había diseñado edificios que habían cambiado los perfiles de distintas ciudades y había hecho casas para ricos y famosos.

No tenía nada que ver con Levi Tucker, el millonario hecho a sí mismo cuyo mundo se había desmoronado con la desaparición de su esposa más de cinco años atrás. El hombre al que habían juzgado y condenado por asesinato aun sin que hubiera un cadáver.

El que se había pasado los últimos cinco años en prisión y que ahora intentaba recuperar su vida...

Y la quería a ella. Así que, desde luego, a Faith le resultaba muy interesante.

Aun a riesgo de parecer desagradecida, estaba empezando a aburrirse mucho. Su destreza para el diseño la había hecho famosa siendo jovencísima, aunque, claro, habían sido sus hermanos mayores, y la agudeza empresarial de estos, los que la habían ayudado a encontrar el éxito tan rápido.

Joshua era un mago de la relaciones públicas e Isaiah, un genio de las finanzas. Ella era la que tenía imaginación; la que veía edificios creciendo del suelo como árboles y buscaba el modo de darles nuevas formas, de dibujar líneas nuevas en el paisaje artificial y mezclarlo todo con la naturaleza.

Siempre había sido una artista, pero su fascinación por los edificios había nacido en un viaje que había hecho con su familia cuando era pequeña. Habían conducido desde Copper Ridge hasta Portland, Oregón, y se había quedado impactada con la belleza que rodeaba a la ciudad.

Al llegar a la habitación del hotel, había empezado a dibujar intentando encontrar el modo de combinar forma y funcionalidad con la belleza natural ya existente.

Y aquello se había convertido en una obsesión.

Era duro ser una persona obsesionada; una persona ensimismada en sus sueños y fantasías.

Complicaba las relaciones con los demás.

Por suerte, había encontrado a una buena amiga, Mia, que la había entendido por completo, con sus peculiaridades.

Ahora Mia era su cuñada porque se había casado con su hermano mayor.

Era algo que Faith no se había visto venir. Devlin le sacaba más de diez años y ella no había tenido ni idea de que su amiga hubiera sentido algo por él.

Por supuesto, se alegraba por los dos, aunque a veces la hacía sentirse aislada que ahora su amiga tuviera «eso» que ella no había tenido nunca y que «eso» fuera su hermano precisamente.

Incluso Joshua e Isaiah habían encontrado el amor y estaban casados.

Tal vez fuera su familia la que la había llevado hasta lo alto de esa montaña hoy.

Tal vez su insatisfacción con su vida personal fuera el motivo por el que le resultaba tan interesante y novedoso hacer algo con Levi Tucker.

Todo lo que había logrado lo había hecho con el permiso y la ayuda de otros.

Aunque solo fuese por una vez, quería hacer algo siguiendo sus propias reglas. Quería que dejaran de verla como una niña prodigio, que por cierto, resultaba ridículo, porque con veinticinco años, de niña no tenía nada, y que la vieran como alguien que de verdad era genial en lo que hacía. Quería que su edad quedara al margen, al igual que sus hermanos mayores, que a veces parecían más sus canguros que otra cosa.

Soltó un largo y lento suspiro mientras tomaba la última curva del camino de montaña y veía el solar. Sin embargo, no fueron ni el solar ni el paisaje que lo rodeaba los que destacaron en esa imagen. No, lo que destacó fue el hombre que estaba allí de pie con unas botas de vaquero desgastadas y las manos metidas en los bolsillos de sus tejanos estropeados. Llevaba una camiseta negra, a pesar de que la mañana era fresca, y un sombrero vaquero negro.

Tenía las manos cubiertas de tinta, aunque desde donde estaba no podía distinguir los tatuajes que le pintaban la piel.

Aun así, y por raro que pareciera, le recordaban a la arquitectura. Los tatuajes parecían resaltarle los músculos y la piel aun estando cubierta por ellos.

Aparcó y se quedó sentada dentro un momento, completamente impactada por la imagen.

Por supuesto, lo había buscado en Internet y sabía qué aspecto tenía, pero suponía que no se había hecho una idea de su... escala.

Cosa rara, porque se le daba muy bien calcular esos detalles en las fotos. Tenía un ojo matemático que se fundía con su sensibilidad artística de forma innata.

Y, aun así, no había podido formarse una imagen precisa del hombre.

Al bajar del coche se impresionó al ver que, por sí solo, parecía llenar todo ese extenso espacio vacío.

Sin embargo, eso no tenía ningún sentido.

Era un hombre grande. Pasaría del metro ochenta y cinco y tenía los hombros anchos, aunque desde luego no llenaba ese espacio. No literalmente.

Pero Faith sintió su presencia como un roce cuando el frío aire la envolvió.

Y cuando los ojos azul hielo de él conectaron con los de ella, respiró hondo, segura de que él también le había llenado los pulmones.

Porque ese aire ya no era frío. Era caliente.

Porque esos ojos azules ardían de algo.

De rabia. De ira.

No dirigidas a ella; de hecho, su expresión casi resultaba simpática.

Pero había algo bullendo bajo la superficie que ya la había atrapado y no la soltaría.

—Señorita Grayson —dijo envolviéndola con una voz igual de caliente—. Un placer conocerla.

Él le tendió la mano y ella se acercó apresuradamente y se estremeció justo antes de que se tocaran porque sabía que quemaría.

Y quemó.

—Señor Tucker —respondió asegurándose de mantener un tono neutro.

—Este es el terreno. Espero que lo vea factible.

—Sí —dijo estupefacta. Tenía que mirar a su alrededor, mirar las vistas y dónde iría situada la casa. Ese solar era mucho más que aprovechable. Era inspirador—. ¿Qué tiene pensado? Creo que es mejor empezar por las expectativas del cliente —dijo, asegurándose de llevar la conversación por la dirección correcta. No podía seguir pensando en ese hombre.

El hombre no importaba.

Importaba la casa.

—Quiero que sea todo lo contrario a una cárcel —respondió él con rotundidad y decisión.

Faith no podía imaginarse a ese hombre, tan salvaje e inmenso como los árboles y las cumbres que los rodeaban, encerrado en una celda. Aislado.

De pronto se sintió obligada a ser la respuesta a esa oscuridad. A asegurarse de que los muros que le construyera no parecieran muros.

—Ventanas —dijo. Era lo más sencillo y lo más obvio. Sensación de libertad. Empezó a maquinar la forma de poder construir una casa sin puertas, donde todo estuviera oculto por ángulos y curvas—. ¿Sin puertas?

—Vivo solo. No hay necesidad de puertas.

—¿Y no tiene pensado vivir con nadie en un futuro?

—Jamás. Imagino que no le sorprenderá que se me hayan quitado las ganas de matrimonio.

—Ventanas. Iluminación —dijo Faith girándose al este—. El sol saldrá por aquí temprano y podemos intentar capturar la luz por la mañana cuando se despierte y... —se giró hacia el otro lado— asegurarnos de que luego pueda ver la luz irse por aquí. Cocina. Salón. ¿Despacho?

Moviendo los dedos nerviosa, sacó un bloc de su gran bolsa de piel, tomó notas y trazó unas líneas rápidamente. Al sentir un hormigueo en la piel de la cara se detuvo y levantó la mirada.

Levi estaba mirándola. Ella carraspeó.

—¿Puedo preguntarle... qué lo animó a ponerse en contacto conmigo? ¿Cuál de mis edificios?

—Todos. En la cárcel tuve tiempo de sobra. Aunque hice lo que pude por gestionar algunos de mis negocios mientras estuve entre rejas, tuve

mucho tiempo para leer. Me llamó la atención un artículo sobre usted y me fascinó su trabajo. No voy a mentirle, estoy deseando tener algo suyo.

Hubo algo en esas palabras que la emocionó. Ahora estaba sudando.

—¿Mío?

—Su marca. Tener una casa diseñada por usted es un premio de lo más codiciado.

Faith sintió calor en las mejillas y no supo por qué. Carecía de falsa modestia. Los últimos años de su vida habían sido extraordinarios. Aceptaba su éxito y no se disculpaba por ello. No agachaba la cabeza ni se colocaba el pelo detrás de la oreja con mirada tímida, como estaba haciendo ahora.

—Supongo.

—Sabe que es verdad.

—Sí —respondió ella aclarándose la voz—. Lo sé.

—Digan lo que digan los medios de comunicación y lo que crean las fuerzas de seguridad, mi mujer intentó destruirme la vida, y no voy a permitir que se atribuya esa victoria. No soy un ave fénix resurgiendo de las cenizas. Solo soy un hombre furioso y dispuesto a prenderle fuego a algo y verlo arder. Voy a demostrarles al mundo y a ella que no se me puede destruir. No voy a escabullirme entre las sombras. Voy a reconstruirlo todo hasta que todo lo que he hecho importe más que lo que ella me hizo a mí. No voy a permitir que se me recuerde por su nombre y por lo que hizo. Seguro que usted puede entenderlo.

Y podía. Por raro que pareciera, podía. Lo que le había pasado a ese hombre era inaceptable.

Ella no estaba enfadada con nadie, y tampoco tenía motivos para estarlo, pero sabía lo que suponía alcanzar tus propios logros. ¿No era eso en lo que había estado pensando durante el camino hacia allí?

—Mire —dijo guardando el bloc—, lo que dije sobre que a mis hermanos no les haría ninguna gracia que acepte este trabajo era verdad.

—¿Y qué tienen que ver sus hermanos en esto?

—Si ha leído algo sobre mí, sabrá que trabajo con ellos. Sabrá que nos hemos fusionado con la constructora que lleva la gran mayoría de nuestros edificios y que mis hermanos dirigen una parte significativa de nuestro negocio.

—Sí, lo sé. Pero usted podría llevarlo sin ellos. Ellos, en cambio, no pueden llevar el negocio sin usted.

Levi dijo las mismas palabras que ella había pensado más de una vez mientras escuchaba a Joshua y a Isaiah hablando sobre distintos temas. Joshua era encantador e intentaba evitar resultar dictatorial. Isaiah jamás se molestaba en hacerlo. La única persona con la que era amable era su esposa, Poppy, que le tenía robado el corazón. Un corazón que muchos habían dudado que tuviera.

—Bueno, lo que quería decir es que tenemos que mantener este proyecto en secreto, al menos hasta que esté bien avanzado. Jonathan Bear se encargará de la construcción. Es el mejor.

—Conozco a Jonathan Bear.

—¿Sí? —preguntó sorprendida.

—Soy un par de años mayor que él, pero los dos crecimos aquí en el pueblo, en el mismo lado de las vías. O sea, el lado malo.

—Ah. No lo sabía.

Sabía que Levi era de allí, pero él se había marchado del pueblo hacía tanto tiempo y sus círculos de amigos eran tan distintos que no se habrían cruzado nunca.

Además, si Levi era mayor que Jonathan Bear, entonces debía de sacarle a ella unos trece años.

Pensarlo la hizo sentirse pequeña y tonta. Una cría. Pero bueno, la mayoría de los hombres que había en su vida la consideraban una cría, así que, ¿qué más daba?

¿Por qué de pronto no le hacía gracia que él pudiera verla así?

Solía diseñar edificios para hombres mayores. Al principio le había costado que la tomaran en serio, pero cuantos más artículos se habían escrito sobre ella, más se habían maravillado esos hombres con el talento que tenía para su edad y más había podido entrar en una sala entre elogios y alabanzas.

Aún le molestaba un poco que se le diera tanta importancia a su edad, pero tenía que asumirlo. Y es que no podía hacer nada para evitar aparentar estar aún en edad universitaria.

Intentaba con ganas adoptar una imagen sofisticada, pero la mayoría de las veces se sentía como si estuviera jugando a disfrazarse con la ropa de una mujer mucho más elegante.

—¿Un proyecto arquitectónico clandestino? —preguntó él sonriendo.

Hasta ese momento Faith había dudado que su boca pudiera esbozar ese gesto.

—Algo así.

—Deje que le pregunte algo: ¿por qué quiere aceptar el trabajo?

—Bueno, como ha dicho, siento que soy una pieza importante del negocio. Y créame, no estaría aquí sin Isaiah y Joshua. Son brillantes. Pero quiero poder tomar mis propias decisiones y puede que quiera asumir este proyecto. Y más ahora que ha dicho que necesita que sea todo lo opuesto a una celda. Me siento inspirada para hacerlo. Adoro esta ubicación. Quiero construir esta casa sin tener a Isaiah rondando a mi alrededor.

Levi soltó una risita.

—¿Así que él no me daría su aprobación?

—Para nada.

—Soy inocente —y, sonriendo de nuevo, añadió—: O tal vez debería decir que no soy culpable. Que sea o no una persona inocente es otra historia. Pero no le hice nada a mi mujer.

—Querrá decir «exmujer», ¿no?

—Casi. Todo debería estar resuelto en los próximos días. No va a impugnar nada, básicamente porque no quiere acabar en la cárcel. Le he recalcado lo desagradable que es la experiencia y no tiene ninguna gana de comprobarlo por sí misma.

—Ah, claro, aún sigue casado con ella. Porque todo el mundo pensaba...

—Que estaba muerta. No hace falta divorciarse de una persona muerta.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo haciendo lo posible por mirarlo a los ojos y obviar el hormigueo que sentía en el estómago—. ¿Tengo motivos para tenerle miedo?

La sonrisa que se extendió por su rostro fue lenta y calculada.

—Bueno, eso depende.

Capítulo Dos

No debería jugar con ella. No era agradable hacerlo. Pero, bueno, él tampoco era agradable. El tiempo que había pasado en la cárcel había endurecido toda ternura que hubiera podido tener antes y había convertido su interior en un campo de minas de obsidiana. Negro, frío y afilado como una cuchilla.

El hombre que había sido antes tal vez no habría hecho nada para provocar a la preciosa mujer que tenía delante, pero apenas podía recordar a aquel hombre. Aquel hombre había sido idiota. Aquel hombre se había casado con Alicia, se había convencido de que podría tener una vida feliz cuando jamás había visto ningún tipo de felicidad ni en su matrimonio ni a lo largo de su infancia. Así que ¿por qué había creído que podría tener más? ¿Que podría tener otra cosa?

—¿De qué depende? —preguntó ella mirándolo con unos grandes ojos marrones.

Era preciosa.

Y muy joven.

Su rostro con forma de corazón y muy claro; esos labios rosados y suaves; ese derroche de rizos castaños... Todo le atrajo de forma instantánea y visceral.

Aunque tampoco era de extrañar: no había tocado a una mujer en más de cinco años.

Pero esa no sería la utilidad que le daría a Faith.

Era un cabrón, de eso no había duda. Pero no era un criminal. Él no tenía nada que ver con los violadores y los asesinos con los que había estado encerrado años, y lo único que lo había ayudado a seguir adelante en condiciones infrahumanas, con todo tipo de insultos y amenazas que habrían hecho llorar de miedo a la mayoría de los hombres, había sido saber que ese no era su sitio.

Que él no era uno de ellos.

Joder, era lo único que había impedido que fuera a por Alicia en cuanto lo habían soltado.

—Depende de lo que le asuste.

Cuando ella apretó los labios formando una línea fina y tensa, él se preguntó qué haría falta para devolverles su voluptuosidad, su suavidad, y cómo reaccionarían si los besara y mordiera.

Lo cierto era que ahora mismo no era apto para tener compañía. Al menos, no una compañía femenina y delicada.

Y, por desgracia, era la compañía femenina y delicada la que parecía atraerlo.

Tenía que irse a un bar y encontrar una mujer que se pareciera más a él. Más dura. Y más de su edad.

Alguien cuyo cuerpo pudiera soportar la embestida de cinco años de energía sexual contenida.

La dulce y pequeña arquitecta que había contratado no era esa mujer.

Si sus hermanos se enteraban de que se había reunido con él, sacarían las horcas. Y si supieran lo que estaba pensando ahora, sacarían las escopetas.

Y no podría culparlos.

—Arañas. ¿Lleva arañas encima?

—Nada de arañas.

—¿Oscuridad?

—Bueno, cielo, puedo decirle con seguridad que sí que llevo dentro algo de eso.

—Mientras nos mantengamos en la luz, supongo que no pasaría nada.

Se veía tentado a jugar con ella. No sabía si Faith estaba flirteando de forma intencionada, pero lo dudaba viendo esa expresión tan sincera e inocente.

—Ahora que he visto el lugar y que usted me ha dado toda la información importante, voy a hacer un bosquejo y se lo enviaré.

—Me parece bien. ¿Y luego qué?

—Luego concertaremos otra reunión.

—Pues ya tenemos un plan —dijo él alargando la mano.

No debería volver a tocarla porque antes, cuando los suaves dedos de Faith se habían cerrado alrededor de los suyos, había sentido lo mismo alrededor de su miembro.

Pero quería volver a tocarla.

Ella tenía las mejillas sonrojadas. Un rubor.

Joder, se había ruborizado.

Las mujeres que se ruborizaban no eran para hombres como él, y que estuviera siendo consciente de ello era un recordatorio. Un recordatorio de que no era un animal. No era un monstruo.

O, al menos, aún tenía bastante de hombre en su interior para controlarse.

—Entonces, ya nos veremos.

Capítulo Tres

No estaba muy familiarizada con todo ese rollo de «noches de chicas». Mia, su mejor amiga del colegio, nunca había sido mucho de salir, y a ella eso le había venido genial.

Faith había sido alumna becada en un internado que habría estado totalmente fuera del alcance de la familia de no ser porque la misma escuela se había interesado por su talento artístico. Ella se había volcado tanto en sacar el máximo provecho de sus talentos, y luego de sus becas en la universidad, que nunca había sacado tiempo para salir por ahí.

Al acabar los estudios había llegado el trabajo. Trabajo y más trabajo, lo que le había permitido subirse a la ola que había propulsado su carrera a cotas increíbles en cuanto se había graduado.

Pero, desde que había dejado Seattle para volver a Copper Ridge, las cosas de algún modo habían seguido subiendo y calmándose al mismo tiempo. Vivir en un pueblo, con su ritmo más lento, sus calles limpias y sus espacios abiertos parecía darle la sensación de tener más tiempo.

Además se había hecho amiga de Hayley Bear, antes Thompson y ahora esposa de Jonathan. Cuando Faith y sus hermanos habían trasladado la sede a Copper Ridge, cerca de sus padres, Joshua había decidido que sería buena idea asociarse con un constructor local, y así habían conocido a Jonathan y fusionado sus negocios.

Esa noche Hayley y ella salían a tomar algo. Lo cierto era que no bebían mucho, pero eso no significaba que no pudieran divertirse.

Además, estaban en el bar del hermano de Hayley, así que tenían supervisión. Aunque la actitud protectora estaría más dirigida a Hayley que a ella.

Faith hundió más la pajita en su ron con cola y sacó la cereza. Empezó a masticarla pensativa mientras miraba a su alrededor.

Los juerguistas habituales estaban a tope; grupos de amigos situados junto a Ferdinand, el toro mecánico, viendo a la gente montar, tanto borracha como sobria, para acabar cayendo sobre las colchonetas que había debajo.

A Faith le parecía de lo más vulgar. No se imaginaba haciendo algo así, algo que no podías controlar. O aguantabas las sacudidas o acababas tirada en las colchonetas.

Gracias pero no.

—Estás muy callada —señaló Hayley.

—¿Sí?

—Sí. Como si le estuvieras dando vueltas a algo.

—Estoy empezando un proyecto nuevo y... —al no saber cómo explicarlo sin delatarse, se rindió y dijo—: Si te lo cuento, ¿me guardarás el secreto?

—Sí, aunque... no le oculto nada a Jonathan. Nunca. Es mi marido y...

—¿Jonathan sabe guardar un secreto?

—Es que Jonathan no tiene... amigos en realidad, así que no sé si diría algo. Creo que es posible que yo sea la única persona con la que habla.

—Trabaja con mis hermanos —dijo Faith.

—Igual que trabaja contigo.

—No tanto. Hay muchas más cosas que pasan por el filtro de Joshua y de Isaiah que por el mío. Yo solo estoy ahí. Es nuestro acuerdo. Ellos llevan el negocio y yo me dedico a dibujar. A diseñar. Soy experta en edificios, materiales de construcción, estética y diseño, pero no en mucho más.

—Te entiendo. Pero, sí, si le pido a Jonathan que no diga nada, no dirá nada. Me es totalmente leal —dijo Hayley con cierto aire petulante.

Resultaba un poco duro tener amigas con relaciones tan felices cuando ella apenas sabía cómo funcionaba eso.

Pero, bueno, al menos Hayley no estaba con su hermano.

Que Mia lo estuviera la convertía en su familia, y eso estaba muy bien, pero las limitaba a la hora de hablar de hombres. Siempre habían jurado compartir intimidades, como contarse su primera vez, por ejemplo.

Y aunque se había alegrado por su amiga y por su hermano, había querido oír los detalles tanto como que la hubieran desnudado y atado por un pie a la Harley de su hermano Devlin para arrastrarla por la calle principal del pueblo.

—He aceptado un trabajo que va a enfadar mucho a Joshua y a Isaiah...

Justo en ese momento la puerta del bar se abrió y Faith se quedó boquiabierta. Porque ahí estaba. Hablando del...

Hayley miró atrás con descaro.

—¿Quién es ese? —murmuró.

—El rey de Roma —respondió Faith en voz baja.

Las dos vieron a Levi acercarse a la barra, apoyarse en ella y pedirle algo a Ace, el dueño del bar y hermano mayor de Hayley.

—Es Levi Tucker —añadió.

—¿Por qué me suena ese nombre?

—Porque es famoso, más o menos. Como un asesino famoso.

—¡Ay, Dios! —dijo Hayley dando una palmada en la mesa—. ¡Es ese tío! ¡Al que acusaron de asesinar a su mujer! Aunque al final no estaba muerta.

—Sí —confirmó Faith.

—¿Vas a trabajar con él?

—Le estoy diseñando una casa. Pero no es un asesino, aunque haya estado en la cárcel. No hizo nada. No fue culpa suya que su mujer desapareciera.

Hayley miraba a Faith con escepticismo.

—Si yo me alejara así de mi marido sería por una razón muy extrema.

—Bueno, nadie ha podido demostrar que hiciera nada. Y, de todos modos, será una relación profesional. No le tengo miedo.

—¿Deberías?

Faith se fijó en las largas y fuertes líneas de su cuerpo, en los tatuajes de los brazos, en el sombrero negro ladeado sobre sus ojos y en esa mandíbula afilada con la que una mujer se podría cortar si la acariciaba...

—No. ¿Por qué iba a tenerle miedo? Le voy a diseñar una casa, nada más.

Él empezó a mirar a su alrededor y ella sintió la apremiante necesidad de esconderse de esa penetrante mirada azul. El corazón le golpeteaba como si acabara de correr una maratón. Como si de verdad estuviera...

Asustada.

No. Qué tontería. No había nada que temer.

Era solo un hombre. Un hombre duro y marcado con tinta por todo el cuerpo, pero eso no era nada malo. Ni tenía por qué dar miedo.

Devlin tenía tatuajes en cada centímetro visible de piel de cuello para abajo. No quería saber dónde más los tenía. Había ciertas cosas de tu hermano que no tenía por qué saber.

Pero, no, los tatuajes no convertían a un hombre en aterrador o peligroso, y ella lo sabía bien.

Así que no entendía por qué tenía el corazón tan acelerado.

Entonces él las vio. Y cuando levantó la mano para pellizcar el ala del sombrero y saludarlas agachando la cabeza, le recorrió una ráfaga de calor. Nerviosa y con la garganta seca, agarró la copa. Dio un buen trago, olvidándose de que contenía ron, y el ardor del alcohol la hizo toser.

—Esto es preocupante —dijo Hayley en voz baja.

—¿El qué? —preguntó Faith apartando la mirada de Levi.

—No estás actuando con normalidad. ¿Esa expresión que tienes no tiene nada que ver con el hecho de que sea superatractivo?

—¿Lo es? No me había fijado.

Y lo cierto era que, hasta que Hayley no lo había dicho, no se había fijado. Bueno, sí, pero no había relacionado los nervios del estómago con su... atractivo.

No era un hombre para ella. Era demasiado mayor. Demasiado duro.

Y, sobre todo, era un cliente. Así que estaba descartado por completo.

—Bueno, ¿y tú qué tal? —preguntó Faith cambiando de tema cuando él dejó de mirarla.

Las dos empezaron a hablar de otras cosas y ella hizo todo lo posible por olvidar que Levi Tucker estaba en el bar.

Pero entonces, por alguna razón, un movimiento captó su atención y se giró.

Levi estaba hablando con una rubia y esbozando una sonrisa que bien podría haber estado acompañando a unas palabras subidas de tono. La rubia lo miraba con la misma expresión. Llevaba un top que dejaba ver su abdomen prieto, bronceado y adornado con un pendiente en el ombligo. Era justo la clase de mujer contra la que ella jamás podría competir ni a la que podría parecerse. Y tampoco es que quisiera.

Estaba claro que Levi estaba en el bar buscando diversión. Y Faith no se la daría, así que tal vez la indicada era Rubita McPendiente-Ombliquo.

A ella le daba igual.

Justo en ese momento Levi levantó la mirada y sus ojos azul hielo colisionaron con los suyos con la fuerza de un iceberg golpeando al Titanic.

¡Pero si hasta pudo sentir que estaba hundiéndose!

Él puso una mano en la cadera de la rubia, se le acercó para decirle algo y le dio una palmadita antes de apartarse... y echar a andar en dirección a Faith.

Capítulo Cuatro

Levi no tenía ni idea de qué puñetas estaba haciendo.

Estaba tratando de ligarse a Mindy y a punto de salir de dique seco. La había visto montar al toro mecánico como una experta e imaginaba que sería la clase de mujer que podría montarlo a él todo el tiempo que necesitara.

Unos minutos de bromas se lo habían confirmado y él había estado a punto de cerrar el trato.

Pero entonces había visto a Faith Grayson mirándolos y ahora estaba yendo hacia ella.

Solo lo hacía porque había sido raro limitarse a saludarla inclinando el sombrero desde lo lejos, se dijo mientras se acercaba.

Esa era la única razón.

—Qué casualidad vernos aquí —dijo él obviando la intensa mirada de la amiga de Faith.

—Es lo que tienen los pueblos pequeños —respondió Faith encogiéndose de hombros.

—Estás acostumbrada a ellos, ¿no? Eres de Copper Ridge, ¿verdad?

—Sí, pero hasta hace poco no había vivido aquí desde los diecisiete años.

—Voy a por otra copa —dijo la amiga, de pronto dirigiéndose a la barra.

Faith miró a su amiga como si quisiera darle un puñetazo.

—¿Te deja sola para que ligués? —preguntó él sentándose a su lado.

Sus hombros se rozaron.

Ella se quedó rígida.

—No —respondió Faith agachando la cabeza y con las mejillas encendidas.

Otro recordatorio.

Otro recordatorio de que tenía que irse y seguir hablando con Mindy.

Faith era joven. Se ruborizaba. Se había puesto nerviosa cuando sus hombros se habían rozado. Y él no tenía paciencia para algo así. No quería una mujer a la que hubiera que enseñarle lo que hacer, eso sin contar con que no quería corromperla.

De pronto, esa idea lo excitó. A lo mejor su cuerpo no rechazaba tanto la idea de pervertirla.

Pero él tenía control sobre sí mismo y sobre sus instintos más básicos. Él tenía la última palabra.

—Se ha ido corriendo.

—Es la mujer de Jonathan Bear.

Él levantó las cejas y miró a la preciosa mujer castaña, que ahora estaba de pie junto a la barra charlando con el barman.

—Y ese es su hermano —continuó Faith.

—No me imaginaba a Jonathan Bear como hombre de familia.

—No lo era hasta que conoció a Hayley.

Hayley era joven. No tanto como Faith, pero joven. Y Jonathan no era tan mayor como él. Pero bueno, tampoco eran datos relevantes.

—No había estado en este bar después de que cambiara de dueño. La última vez que estuve aquí fue... hace veinte años.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y ocho. Tenía un carné de identidad falso.

Ella se rio.

—No me lo esperaba.

—¿El qué? ¿Que tenga treinta y ocho años o que tuviera un carné falso?

—Ninguna de las dos cosas.

La lengua rosada de Faith se deslizó sobre sus labios, dejándolos húmedos y apetitosos. Luego ella volvió a bajar la mirada y dio un trago de lo que fuera que tuviera en la copa. Levi se preguntó si tendría idea de lo

que estaba haciendo; de lo apetecible que había hecho que resultara su boca.

De lo hambriento que estaba él.

Y de lo dispuesto que estaría a devorarla.

Volvió a mirar a Mindy, que lo observaba con descarada curiosidad. No parecía ni enfadada ni celosa; solo parecía estar esperando a ver qué tal se le daba la noche.

Y esa era justo la clase de mujer con la que debería estar hablando. Aun así, no volvió a acercarse a ella.

—¿Tendrás demasiada resaca después de esta noche para venir a mi casa a hablar de tu diseño?

Ella miró directamente a Mindy.

—Supongo que debería preguntarte lo mismo.

—Seguro que llevo encima muchos más años de borracheras que tú.

—Tengo veinticinco años.

—Ah, entonces no hay nada de que preocuparnos.

—Cuatro años enteros bebiendo.

—¿En serio esperaste a cumplir los veintiuno para beber?

—Sí.

—Sabrás que casi nadie lo hace.

—No me lo creo.

Levi no se molestó en contener una carcajada.

—Pues es verdad.

—Seguro que... —empezó a decir Faith, pero entonces frunció el ceño—. Estaba a punto de decir que estoy segura de que mis hermanos esperaron, pero... seguro que no.

Resultó muy cómico ver lo impactada que la dejó esa revelación.

¿Quién era esa chica? Esa chica, cuya genialidad habían elogiado en cientos de artículos y que había diseñado las casas y los edificios más increíbles que él había visto en su vida, parecía no saber nada de la gente en general.

—Sabes lo del Conejito de Pascua, ¿verdad?

Ella torció los labios y respondió:

—¿Que tiene una cola muy esponjosa?

Levi se rio.

—Sí, justo eso.

No sabía por qué le estaba costando tanto apartarse de ella. No debería costarle.

—¿Qué tal si nos reunimos después de almorzar?

—Me parece bien —respondió ella con la respiración un poco entrecortada.

—¿Tienes mi dirección?

—Envíamela por mensaje.

—Vale.

Levi se levantó y ahí sí se apartó de ella para volver con la mujer que habría sido su conquista. Se tomó otra copa con Mindy y charlaron mientras ella le daba palmaditas en el brazo y flirteaba dejándole claro que estaba más que dispuesta a pasar un buen rato. Pero, por la razón que fuera, su cuerpo, que hacía un momento habría sido presa fácil, de pronto ya no tenía ningún interés. Volvió a mirar hacia la mesa donde habían estado Faith y su amiga, y vio que estaba vacía.

No sabía cuándo se había ido, y ella tampoco se había molestado en despedirse.

—¿Sabes? —le dijo a Mindy—. Mañana tengo que trabajar.

—¿Entonces por qué has salido?

—Muy buena pregunta —se terminó la copa de un trago. Ahora tendría que pedir un taxi, porque estaba un poco achispado—. Te lo recompensaré en otro momento.

Ella se encogió de hombros.

—Pues yo no me voy a casa. A lo mejor esta noche no salgo perdiendo. Disfruta de tu mano derecha, cariño.

Si ella supiera que hasta la mano derecha había sido un lujo últimamente. Entre tener que compartir celda y todo lo que se cocía en la cárcel, nunca había tenido ni tiempo ni ganas de cascársela.

Por un lado, por vergüenza y, por el otro, por la humillación de tener que buscar un rincón tranquilo en la celda sucia que compartías con un hombre o con dos.

Gracias, pero no.

Habría preferido cortarse la mano derecha antes que usarla para contribuir a toda aquella mierda.

Mejor bloquear esa parte. Era lo que había hecho, y había resultado la leche de efectivo. Además, había logrado mantenerse a salvo de toda clase de violencia carcelaria al construirse una reputación de hombre despiadado y cruel.

Se había convertido en un hombre que no sentía nada. Un hombre que había aprendido a repartir golpes a diestro y siniestro antes de que alguien pudiera atacarlo.

Y lo más asombroso de todo era lo fácil que le había resultado; lo fácil que había sido encontrar ese pedacito de su padre que, probablemente, había vivido siempre en su interior.

—A lo mejor lo hago —respondió.

—¿En serio tienes que madrugar para trabajar o quieres ir a ver a esa morena pequeñita con la que estabas hablando?

La rabia se le encendió por dentro.

—Haré lo que decida hacer —dijo alzándose el sombrero—. Que pases una buena noche.

Salió del bar mientras sus propias palabras le resonaban en la cabeza.

Haría lo que decidiera hacer.

Nadie más tenía control sobre su vida. Ahora no. Ya nunca más.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente el cuerpo de Faith seguía rebosante de emociones raras. Era complicado desenmarañar todo lo que sentía. Desde lo que había empezado a notar cuando Hayley había dicho que Levi era atractivo hasta lo que había sentido al ver que él había seguido hablando con la rubia. Al final se había excusado para salir de allí porque no había querido seguir viendo cómo flirteaban.

Luego, ya en la cama, había entendido que el motivo por el que había tenido que dar por finalizada su noche de chicas había sido la insoportable duda de saber si Levi se marcharía o no con la guapa rubia.

Seguro que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo? Era un hombre adulto y sano que, a juzgar por lo del carné falso, debía de ser el típico chico malo. Y eso significaba que un rollo de una noche no le supondría el más mínimo problema.

Seguro que por eso había ido al bar.

Notaba acidez en el estómago cuando entró en Construcciones GrayBear y la sensación no mejoró cuando vio a Joshua sentado en la sala de espera tomándose un café.

—¿Qué haces aquí? —dijo cerrando la puerta con el pie antes de dirigirse a la máquina de café.

—Buenos días.

—¿No deberías estar en casa desayunando con tu familia?

—Sí, pero Danielle tiene cita con el obstetra a última hora de la mañana.

La mujer de Joshua estaba embarazada, y él estaba loco de contento.

Dos de sus cuñadas estaban embarazadas en ese momento. Danielle estaba de muy poco tiempo y Poppy saldría de cuentas pronto. Mia y Devlin de momento parecían satisfechos disfrutando el uno del otro.

Sus hermanos eran felices. Y ella estaba feliz por ellos.

Pero era raro ser la única soltera. Incluso con una vida amorosa tan inactiva, jamás se había imaginado que sería la única soltera de la familia.

—Tengo que ir porque le van a hacer una ecografía.

—Claro. ¿Así que has venido para adelantar trabajo?

—Llevo aquí desde las seis.

—Pues supongo que no puedo regañarte por eso.

—¿Y por qué ibas a tener que regañarme por nada?

Faith no respondió, sino que se limitó a mirar un mensaje entrante. Era de Levi. Solo su dirección. Nada más. Era supertemprano. Si se hubiera acostado tarde, ¿estaría despierto escribiéndole?

«A lo mejor es que aún no se ha acostado».

Le entraron ganas de gruñir a esa vocecita interior.

—¿Estás muy ocupada hoy? —le preguntó Joshua con tono despreocupado.

—No mucho. Tengo que repasar unos planos, hacer unos diseños y enviar unos emails. Bueno, y una reunión luego.

Él frunció el ceño.

—No tengo anotado que tengas ninguna reunión.

Genial. Debería haberse imaginado que su hermano el relaciones públicas querría saber con quién iba a reunirse y para qué.

—No es... una reunión de trabajo. Es como... una charla en un colegio —mintió, y al instante se sintió culpable.

—Ningún colegio se ha puesto en contacto conmigo. Se supone que todo tiene que pasar por mí.

—Puedo ocuparme del trabajo comunitario en Copper Ridge, Joshua. Ni que esto fuera Seattle. Además, no va a haber prensa haciéndome preguntas estúpidas o intentando confundirme. Es solo Copper Ridge.

—Bueno, aun así...

La puerta se abrió e Isaiah entró seguido de su mujer, Poppy, que estaba radiante con un vestido ceñido por la rodilla y luciendo la curva de su redondeada barriga. Iban de la mano, con los dedos entrelazados, y el contraste que hacían sus pieles resultaba precioso. Esa imagen siempre le

despertaba una especie de placer artístico. Bueno, en general, ver a Isaiah feliz la hacía sentirse así. Era un hombre complicado. Complicado de entender e impasible en ocasiones.

Pero cuando miraba a Poppy... No había duda de que ahí había amor.

Y no había duda de que su mujer estaba igual de enamorada.

—Buenos días —dijo su hermano.

—¿Sabíais que Faith hoy tiene que dar una especie de charla en un colegio? —dijo Joshua directamente, el muy idiota.

—No —respondió Isaiah mirándola—. Esas cosas tienes que hablarlas con nosotros.

—¿Por qué?

—No lo tengo en la agenda —señaló Poppy sacando el teléfono.

—No empieces como mis hermanos —le dijo Faith a su cuñada.

—Mi trabajo es llevar un registro de todo —insistió Poppy.

—Esto es independiente. Puedo hacer algo en lo que solo esté implicada yo. Soy adulta.

—Eres joven —dijo Joshua—. Tienes un éxito increíble y todo el mundo quiere llevarse un pedacito tuyo, así que no puedes permitirte ir por ahí dándote a la gente sin parar.

Ella resopló y dio un trago de café.

—Puedo hacerlo, Joshua. No necesito que me controléis así.

—La empresa funciona de un modo concreto...

—Pero mi vida no. No tengo que daros explicaciones de todo lo que hago. Y no todo lo que hago con mi tiempo está relacionado con el trabajo.

Salió al pasillo y al instante recordó la noche anterior. Levi no le habló como si fuera una cría. Levi casi... flirteó con ella. Eso había habido la noche anterior: flirteo.

Solo la idea le produjo un cosquilleo de emoción.

Pero era imposible que Levi hubiera estado flirteando con ella, porque había estado flirteando con esa rubia guapa.

Faith se aseguró de cerrar la puerta de su despacho antes de sacar un espejo que tenía en un cajón de la mesa y que apenas usaba más que para

echarse un vistazo rápido antes de alguna reunión. Y cuando lo hacía no era para asegurarse de estar atractiva, sino para asegurarse de que no aparentaba doce años.

Levantó la barbilla y la giró mientras examinaba su reflejo. Casi resultaba absurdo pensar que él quisiera flirtear con ella. No porque no fuera atractiva, sino porque era... sosa.

Y nunca le había importado en realidad.

Podía resultar un poco menos sosa cuando se maquillaba, pero, incluso cuando lo hacía, su objetivo era transmitir seguridad en sí misma y aparentar ser lo bastante competente y mayor como para que alguien le confiara el diseño de su casa. El objetivo no era estar guapa.

Movió los labios de un lado a otro y luego hizo el gesto de un beso antes de relajarse. Suspiró y guardó el espejo en el cajón. Era una profesional y no actuaría en función de las emociones tan raras que estaba sintiendo.

Por muy creíbles que fueran.

Lo que pasaba era que... después de haber hablado con Levi la noche anterior, se había marchado de allí sintiéndose una mujer. Pero luego, por la mañana, había ido al trabajo y sus hermanos habían vuelto a ponerla de inmediato en el papel de una niña pequeña.

Estuvo pensando tanto en ello que cuando quiso darse cuenta ya era hora de ir a casa de Levi.

Sacó del cajón su neceser y decidió optar por un aspecto totalmente distinto, logrado con un tutorial de Internet para un maquillaje de día glamuroso. Luego se ahuecó el pelo y lo sacudió, asegurándose de que los rizos quedaran un poco despeinados.

Guardó el neceser en el cajón y se levantó. Iba a salir del despacho justo cuando entró Isaiah, que retrocedió sobresaltado y con un sonido de sorpresa.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Estás distinta.

—Sí, bueno, he pensado en probar algo nuevo.

—¿Vas a dar una charla en uno de los... colegios?

—Sí.

—¿Qué colegio?

—¿Por qué necesitas saberlo? —preguntó exasperada.

Cuando él no dijo nada, ella añadió:

—Necesitas saberlo porque necesitas que aparezca en la planificación de Poppy, ya que, si no aparece en la planificación de Poppy, para ti será como una tarea incompleta, ¿verdad?

Hacía tiempo que había dejado de intentar entender las rarezas de su hermano. Las tenía y no servía de nada luchar contra ellas. A medida que se había hecho mayor, Faith había comprendido que Isaiah era inflexible porque no podía evitarlo.

—Sí —respondió él.

—La Escuela Elemental de Copper Ridge —respondió mintiendo mientras se preguntaba quién era.

«Una mujer». Eso era lo que era.

Una mujer que había tomado una decisión sobre su propia carrera y no necesitaba que sus hermanos se entrometieran.

Y lo del maquillaje no significaba nada. Simplemente se había visto mal y no había motivos para sentirse así cuando tenía en el cajón un perfilador de ojos estupendo.

—Gracias —dijo él.

—¿Hemos terminado? ¿Puedes añadirlo a la agenda para quedarte tranquilo y dejarme en paz?

—¿Va todo bien? —preguntó Isaiah mostrando una consideración nada propia de él.

—Estoy bien. Te lo prometo. Es solo que... Joshua tiene razón. He estado trabajando mucho. Y no creo que la solución sea hacer menos, sino... poder tener algo de iniciativa y asegurarme de que ocupo mi tiempo con cosas que me importan.

Estaba mintiendo, y eso la hizo sentirse un poco culpable, aunque no tanto como para verse obligada a decir la verdad.

Isaiah se marchó, probablemente para actualizar la agenda, y ella se fue poco después.

Metió la dirección de Levi en el navegador del coche y siguió las indicaciones, que la llevaron prácticamente por la misma ruta que había seguido para subir la montaña la primera vez que se habían reunido. Al parecer, la vivienda de alquiler estaba al otro lado de esa montaña.

Recorrió un camino que serpenteaba entre árboles de hoja perenne hasta llegar a una preciosa estructura de estilo rústico con vistas al valle que había debajo. Le gustó, aunque no fuera algo que ella habría creado.

Le gustaban los espacios clásicos y acogedores. Aunque sus diseños siempre tendían hacia los espacios abiertos y modernos, se había criado en una casa de campo amarilla y diminuta que seguía encantándole. Le gustaba que sus padres siguieran viviendo allí, a pesar del éxito económico de sus hijos.

Por supuesto, la casa de Levi estaba muy por encima de esa casita de campo.

Hasta que no paró el coche no fue consciente de lo nerviosa que estaba.

Apenas podía respirar.

Lo había visto al aire libre y había hablado con él en un bar, pero nunca había estado a solas con él dentro de un lugar.

Y tampoco pasaba nada.

Apretando los dientes, salió del coche y agarró la bolsa donde llevaba el bloc de bocetos y otros materiales. A cada paso que daba sobre el camino de grava, se repetía: «No pasa nada. No pasa nada».

Por mucho que ella estuviera pensando en él, seguro que él no estaba pensando en ella.

Lo único que esperaba era que la rubia se hubiera marchado ya.

¿Por qué pensar en verla ahí le producía náuseas? No lo sabía.

Ni siquiera conocía a ese tipo y nunca en su vida había tenido celos de nadie ni de nada. Bueno, a lo mejor sí que estaba un poco celosilla de que sus hermanos y Mia hubieran encontrado el amor o de que Hayley tuviera un marido que la quería.

Pero todo eso era más bien... envidia. Lo que sentía ahora era distinto. Era una sensación desagradable que no tenía por qué estar ahí.

Se preparó y llamó a la puerta. Y esperó.

Cuando se abrió, una intensa sensación se apoderó de ella.

Ahí estaba Levi.

Hoy había cambiado la camiseta y el sombrero negro por unos en blanco. Un atuendo que resultaba delicioso y casi absurdo, porque desde

luego no era un caballero de la blanca armadura y ella no era tan ingenua como para pensar que lo fuera.

Pero había algo en ese tono claro que le destacaba el azul de los ojos y lo reflejaba hasta tal punto que le robaba todo pensamiento. Menos uno.

«Bello».

Ella era simplona y ese hombre era bello.

No era guapo. Tenía cicatrices en la cara que hacían que no resultara simétrica. Una le cruzaba la barbilla y otra, el labio superior. E incluso así los ángulos de su rostro eran demasiado afilados como para considerarlo algo tan insulso como guapo.

Era bello.

—Pasa —le dijo él echándose a un lado.

No sabía por qué, pero se había esperado un poco más de charla en el porche. A lo mejor un poco para recuperar el aliento. Pero no fue así y al instante se encontró siguiéndolo y entrando en el vestíbulo iluminado con una luz tenue.

—No es una maravilla —dijo él levantando un hombro.

—Es acogedora.

—Sí. A mí eso me da un poco igual, pero al menos las vistas son buenas.

—Me lo imagino —respondió ella siguiéndolo hasta el salón abierto con unas ventanas enormes que iluminaban todo el espacio—. Ha debido de ser muy complicado.

—¿Intentas captar detalles de mis gustos preguntándome por mi vida personal? Porque mis gustos estéticos no tienen nada que ver con el sitio donde me he pasado los últimos cinco años.

—Lo entiendo. Y no, no quería sonsacarte nada. Solo ha sido un comentario.

—La investigación de la desaparición de mi mujer empezó cuando tenías unos dieciocho años. Y mientras estabas en la universidad, yo estaba en arresto domiciliario y en juicios. Luego cumplí condena en la cárcel. En ese momento tú creaste tu negocio y... aquí estás.

—En cinco años pueden pasar muchas cosas.

—Y tanto que sí. O puede que no pase una mierda. Eso es lo peor. La vida en la cárcel es monótona. Las cosas no cambian. Y allí un día de

emociones no suele ser algo bueno porque, por norma, implica que te han apuñalado.

—¿Alguna vez te han... —se le encogió el estómago— apuñalado?

Él soltó una risita y se levantó la camiseta, dejando expuesto un amplio torso bronceado. El cerebro de Faith procesó la imagen en fragmentos: el tatuaje de un pájaro en un costado y unos músculos bien definidos. Vello rubio salpicando esa piel. La cicatriz situada justo encima del ala del pájaro.

—Una vez —respondió Levi bajándose la camiseta.

—¿Qué pasó? —le preguntó ella llevándose una mano al estómago para calmarse.

No sabía si esa sensación de inquietud era fruto del horror por lo que le había pasado a Levi o fruto de la imagen de su piel.

Si era por la piel, entonces se sentiría muy defraudada con sus hormonas y consigo misma, porque ese hombre acababa de decirle que lo habían apuñalado y haberse puesto así por ver su cuerpo era una reacción superbásica, por no decir insensible.

—Hice que el cabrón que me lo hizo lamentara haberme visto.

De pronto en esos ojos azul hielo solo hubo frialdad y ella no dudó ni una sola palabra de lo que dijo Levi. Ni una.

—Lo entiendo.

—Probablemente no. Y es mejor así. No, no lo maté. Si lo hubiera matado, seguiría en la cárcel.

Se sentó en un sillón frente a las ventanas. Apoyó los brazos en los lados y los músculos se le tensaron cuando cerró los puños.

—Me dieron unos cuantos puntos por una puñalada y a él le dieron unos cuantos más por mis puños. La gente aprendió enseguida a no meterse conmigo.

Ella se sentó en el sofá de enfrente y dio gracias por la gran mesa de café que los separaba.

—¿Algunos de estos muebles son tuyos?

—No.

—Bien. No porque tengan nada de malo, pero si tienes un vínculo con alguna pieza, el diseño resulta más complicado. Prefiero tener libertad total.

—Yo en la vida también prefiero tener libertad total —respondió él con media sonrisa.

Una ráfaga de calor la recorrió desde la cabeza a la cintura.

—Claro. No me refería a... Ya sabes que yo no...

—Tranquila. No me ofendo con facilidad. A menos que me apuñales.

—Claro —dijo ella antes de sacar su bloc—. Deberíamos hablar más de lo que tienes pensado. Vamos a empezar con lo general. ¿Cómo de grande quieres que sea la casa?

—Grande. El solar es enorme. La propiedad tiene unas veinte hectáreas.

—¿Unos mil metros cuadrados, por ejemplo?

—Sí.

—¿Cuántas habitaciones? —preguntó Faith con el bolígrafo sobre la hoja.

—Solo necesitaría una.

—Si no quieres más, vale. Pero... ¿no tendrás invitados?

—Las únicas personas que van a venir a mi casa van a dormir en mi cama, e incluso en ese caso ni siquiera van a quedarse a pasar la noche entera.

Ella carraspeó.

—Vale. Pero creo que te irían bien más habitaciones.

—¿Para qué? ¿Orgías? Incluso así, con una sola habitación grande me basta.

—Vale. Si quieres una casa absurda de mil metros cuadrados con una sola habitación, allá tú —respondió Faith luchando por no ruborizarse.

La conversación estaba siendo un poco grosera para su gusto, y le estaba haciendo imaginarse cosas; imaginarlo tocando a mujeres, en concreto a la rubia de la noche anterior, y era lo último que necesitaba tener metido en la cabeza.

—Creía que en mi casa diseñada a medida no se requería sentido común. Creía que sería una casa diseñada por completo siguiendo mis especificaciones.

Ella levantó la cabeza. A eso sí que estaba acostumbrada. A hombres arrogantes que la contrataban y luego no escuchaban.

—Me has contratado para diseñar una casa a medida, pero se supone que lo has hecho para que mi influencia esté en el diseño, y eso significa que voy a darte mi opinión. Y si creo que estás tomando una decisión rara o estúpida, te lo voy a decir. No he llegado hasta donde estoy plasmando en planos las ideas de gente que no tiene ninguna formación en esto. Si hay algo de lo que entiendo es de edificios. De diseño. De casas. Quiero convertir tus sensaciones en algo concreto. En algo real. Y te daré una habitación si es lo que quieres, pero si lo que quieres es que nadie te aconseje ni te dé su opinión, entonces que te diseñe la casa un programa informático. Yo no soy un programa informático. Soy una... artista.

Vale, sí, había ido un poco más lejos de lo que le gustaba, ¡pero es que estaba enfadándola!

Y acalorándola.

Y eso era imperdonable.

—Qué respondona.

—Conozco mi valía. Y sé lo que hago bien.

—Valoro esa cualidad en... todo el mundo.

—Pues valórala cuando te aconseje. No lo hago por diversión.

—Si te hace sentir mejor, puedes añadir unas cuantas habitaciones.

—Habrá espacio de sobra. Además, tienes que pensar en el valor de reventa.

—Eso me da igual.

—Nunca se sabe. A lo mejor algún día te importa. Bueno, ¿baños?

—Pon los que consideres. Está claro que quieres que tenga muchas habitaciones, así que supongo que habrá un número de baños apropiado que coincida con eso.

—Necesitarás muchos. Para las orgías —dijo y se mordió la lengua.

—Sí, es verdad. Lo último que quiero es que todo el mundo necesite ir al baño en el mismo momento y no haya suficientes.

Ella respiró hondo.

Lo importante era que esa conversación le estaba sirviendo de mucho porque la estaba ayudando a hacerse una idea de cómo era Levi. No por lo de las orgías, sino porque había podido ver que era un hombre irreverente y con mucho humor dentro a pesar de su oscura personalidad. Era un hombre duro. Resiliente.

Empezó a hacerse una pequeña idea de lo que haría y la mezcló con lo que había pensado la primera vez que se habían visto. Podría usar curvas, ángulos y líneas para evitar el uso de puertas y transmitir sensación de intimidad sin la sensación de encerramiento.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó.

Sabía que era una pregunta rara, pero quería ver donde caía su línea de visión. Quería hacerse una idea de cómo llenaría el espacio. No era un hombre de familia y el espacio lo ocuparía solo él. Había dejado bien claro que era lo que quería.

—Claro —respondió Levi levantándose y enarcando una ceja.

Ella se acercó a la ventana y calculó dónde caía su línea de visión. Luego se giró hacia él.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento hacerme una idea de dónde se posará tu visión cuando mires por la ventana.

—Puedo darte mis medidas.

—Mides uno noventa.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Puedo calcular medidas con muchísima precisión. Siempre estoy midiendo objetos, terrenos y espacios. Es a lo que me dedico.

—Aun así, me parece impresionante. ¿Cuánto mides tú?

Ella se estiró.

—Uno cincuenta y siete.

Los labios de Levi se curvaron en una sonrisa.

—En mi casa no podrías llegar a nada.

—No es ningún problema, porque en la mía sí puedo.

—¿Cómo diseñarías una casa para dos personas con tanta diferencia de altura como nosotros?

Ella soltó una carcajada a la vez que el estómago le daba un desagradable vuelco.

—En cuestión de espacio hay que darle preferencia a la persona más alta para que no se sienta atrapada.

Él asintió con una expresión entre seria y burlona.

—Claro, claro.

—Cuando se trata de una familia, intento ceñirme a una altura estándar haciendo pequeñas modificaciones aquí y allá que resulten especiales y útiles para todos.

—Qué bien te has desviado del tema.

—No lo he hecho.

Él se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—Parecías incómoda.

—No lo estoy.

—Querías espacio para una cama grande.

—¿Yo? —preguntó atónita.

—Si estuvieras diseñando una habitación para un hombre de mi tamaño aunque la mujer fuese menuda.

Ella tragó saliva. Se le había secado la garganta.

—Supongo que sí.

—Bueno, de todos modos, una cama grande solo tiene ventajas.

—Puedo darte un contacto para que te hagan muebles a medida — dijo Faith ignorando cómo le palpitaba el corazón en la base de la garganta e imaginándose todas las cosas que se podían hacer en una cama muy grande.

Mejor dicho, imaginándolo de forma velada porque ella no tenía experiencias reales en ese terreno.

—Puede que acepte esa oferta, sí —respondió él, y sus palabras sonaron como miel goteando muy despacio.

—Pues nada, estupendo. Será como hacer a medida un... palacio del sexo —dijo Faith fingiendo que anotaba algo mientras intentaba ocultar su rostro ruborizado.

—Me da igual cómo suene. No pido que me construyas un burdel con pretensiones, aunque no le diría que no a darle ese uso a la casa. Pero lo que sí quiero es que sea una casa para mí. Y la quiero sin límites. Estoy harto de sentirme limitado.

A ella se le encogió el corazón.

—Sí, lo... lo entiendo.

Respiró hondo y, cuando fue a moverse, él volvió a hablar y su voz la hizo detenerse justo enfrente.

—En los últimos cinco años he compartido celda con al menos otra persona. Todo parecía estar encogido, todo estaba sucio y era incómodo. Un castigo. Me he pasado cinco años castigado por algo que no hice.

Ella levantó la cara y vio que estaban cerquísima. Estaba a un suspiro de sus labios.

—Ahora necesitas tu recompensa.

—Sí.

Levi respondió con tono bajo, ronco, y ella se sintió tambalear, como si quisiera apoyarse en él y plantar los labios en los suyos.

Debería moverse, pero seguía ahí enfrente. Era incapaz de apartarse. Se humedeció los labios y vio que él siguió el movimiento con la mirada. Una mirada encendida.

Encendida como ella. Por todas partes.

De pronto la sobrepasaron las ganas de alargar la mano y tocarle la cicatriz de la barbilla y la que le atravesaba el labio. De meterle la mano bajo la camiseta y tocar la cicatriz que le había enseñado.

Ese pensamiento bastó para devolverla a la tierra, para devolverle el sentido común.

Dio un paso atrás. Humillada. Asustada.

—Ya sabes que a los hombres como yo los encierran. Es una buena señal de que tal vez deberías mantener las distancias.

—No hiciste nada.

—Eso no significa que no sea capaz de hacer cosas muy malas.

A Levi le ardía la mirada y ella debería apartarse, pero no lo estaba haciendo.

Intentó tragar saliva, pero tenía la garganta tan seca que se le había paralizado.

—¿Es una advertencia? ¿O una amenaza?

—Una advertencia. De momento —se apartó de ella y siguió mirando hacia la ventana—. Si la sigues, nunca tendrá que convertirse en amenaza.

—¿Por qué?

Lo que sentía ahora mismo era una emoción extraña. No era rabia, ni siquiera miedo, sino más bien una especie de coraje. Sus hermanos la trataban como una niña que no sabía nada, y no iba a permitir que ese hombre hiciera lo mismo; que le lanzara todas las advertencias que quisiera como si ella no entendiera quién era y qué quería.

No sabía quién era él, pero sabía perfectamente quién era ella. Y si quería hacer algo, lo haría y asumiría las consecuencias. Nadie más tenía el derecho de decidir, y mucho menos ese hombre. Ese extraño.

—Muchachita —dijo Levi con desdén—, si tienes que preguntar por qué, entonces desde luego tienes que dar un paso atrás.

«Muchachita».

¡Ah, no! No le permitiría decirle quién era, qué quería o qué debía hacer.

No dio un paso atrás. Dio un paso al frente.

—Tengo la sensación de que te consideras un espécimen único, Levi Tucker. Tú, con tu puñalada y tu rollo de tío duro —le golpeteaba el corazón y le temblaban las manos, pero no iba a apartarse. No iba a hacer lo que él quería o se esperaba—. No lo eres. Eres como cualquier otro hombre. Crees que sabes más que yo solo porque eres mayor o a lo mejor porque tienes pe-pene.

Odiaba haber tenido que tartamudear, pero, por muy dura que intentara parecer, no podía pronunciar esa palabra teniendo a un hombre tan cerca. Respiró hondo.

—No sé qué os da a los hombres tanta sensación de poder. Pero, sea lo que sea, te parece aceptable hablarme con aires de superioridad sin pensar que a lo mejor he podido navegar por aguas demasiado turbulentas para mi edad. Soy mucho más dura y tengo mucha más decisión que la mayoría de la gente. Yo no lanzo advertencias ni amenazas. Harás bien en recordarlo.

Él la agarró de la muñeca con fuerza.

—Y a mí no me sermonean señoritas remilgadas con faldas lápiz. A lo mejor haces bien en recordarlo.

Estaba furiosa con él y, a juzgar por la mirada de Levi, él también con ella.

—¿Te sermonean muchas señoritas remilgadas?

—Ninguna ha sido capaz de acercarse tanto a mí.

Ella cerró los dedos en un puño antes de posarlos en su torso. Sintió su corazón acelerado bajo la mano. Sintió el ritmo resonando con su propia respiración entrecortada.

Nunca... nunca había tocado a un hombre así. Nunca había querido. Y no sabía qué clase de locura se había apoderado de su cuerpo y de su mente.

Lo único que sabía era que quería seguir tocándolo y que le gustaba que la estuviera agarrando de la muñeca.

Olía bien, como los pinos y el aire de la montaña. ¿Habría estado fuera antes de que ella llegara? Era un hombre que no podía verse encerrado entre cuatro paredes.

De pronto sintió la imperante necesidad de despojarlo de todo. De liberarlo.

De ser libre con él.

Levi la soltó, pero ella aún pudo sentir sus dedos en la piel mucho después de haber apartado la mano. Estaba aturdida.

—Deberías irte.

Debería. Desde luego, debería.

Pero no quería que supiera que la había asustado.

«No es que él te asuste. Es que te estás asustando a ti misma».

—Me voy a hacer los bocetos —dijo tragando con dificultad—. Ha sido muy instructivo.

—Si lo que tienes pensado ahora es diseñarme una celda...

—No. Soy una profesional. He aprendido unas cuantas cosas de ti y todo lo que hemos hablado aquí será forraje para el diseño. Cuando termine, está claro que vas a estar metido en una prisión que te habrás hecho tú mismo. Así que más te vale que te guste lo que vas a usar para construirla.

Faith no sabía de dónde había sacado la fuerza y la agudeza para decir eso, pero cuando estaba llegando al coche, pensó que iba a desmayarse.

Sin embargo, no se desmayó.

No, en lugar de eso se alejó conduciendo y pensando en... atracción.

¿Era eso lo que acababa de pasar? ¿Sentía atracción por un hombre que parecía empeñado en advertirle que se alejara?

¿Por qué quería alejarla?

Si de verdad la veía como a una cría, si de verdad la veía como una mujer sosa y sin ningún interés, no tendría por qué advertirle que se alejara.

Y lo que había dicho de las amenazas...

Cuando llegó a Construcciones GrayBear ya no estaba hiperventilando, pero estaba segura de una cosa: Levi Tucker se sentía atraído por ella.

Y no sabía qué hacer con esa información ni con quién consultarlo. Pero, al fin y al cabo, era su decisión. Lo que fuera que hiciera... era decisión suya.

No era una niña y no iba a permitir que su círculo de personas tomara la decisión por ella. Tampoco iba a importarle lo que pensarán.

Decidiera lo que decidiera, la decisión sería suya.

Y pasara lo que pasara... asumiría las consecuencias.

Capítulo Seis

Volvió al bar porque no había nada más que hacer. Ya era un hombre oficialmente divorciado y llevaba cinco años sin sexo.

Ese mismo día había estado a punto de tirar al suelo a la señorita Remilgada y follarla hasta dejarla sin sentido, pero ya había decidido que no lo haría.

No sería esa clase de hombre.

Su celebración posdivorcio no sería con Faith Grayson, esa chica de ojos grandes que se ruborizaba con facilidad aunque tenía un atrevimiento insólito.

No entendía cómo era posible que no le tuviera miedo. Una criatura tan delicada viendo la cicatriz de una pelea con navaja, oyendo hablar de la cárcel y chistes sobre orgías... Todo eso debería haberla acobardado.

Pero no.

Al final de la interacción se había mostrado más osada todavía y él no entendía cómo había podido pasar.

La tenía fascinada. Eso estaba clarísimo. A lo mejor hasta quería divertirse viviendo una fantasía con un chico malo, pero la pobre tonta no tenía ni idea de lo que hacía.

Él no era la fantasía de nadie.

Era una pesadilla potencial.

Volvió a recordar lo que había sentido al agarrarle la muñeca. Su piel suave bajo la suya. Cómo lo había mirado Faith, con la respiración entrecortada y acelerada. Esos dedos en su torso.

Joder, tenía que echar un polvo.

Pidió un chupito de whisky y se lo bebió de un trago antes de echar un ojo a su alrededor en busca de una mujer que pudiera sacarle de la

cabeza la imagen de Faith. A lo mejor Mindy volvía y podían retomar lo donde lo habían dejado.

Pero cuando miró de nuevo, vio a una castaña menuda haciendo cola para subir al toro mecánico. Llevaba unos vaqueros azules ajustados y una camiseta entallada. Se giró y él sintió un puñetazo en el estómago.

Faith Grayson.

Con el mismo gesto de terquedad que había tenido al marcharse de su casa.

Cuando el jinete que iba delante se cayó, ella se frotó las manos y miró a la bestia mecánica con intensidad. Luego se acercó y tomó posición.

Echó las caderas hacia delante, puso una mano alrededor del asidero y levantó la otra por encima de la cabeza. Parecía una bailarina más que una jinete de rodeo. Pero su expresión...

Era todo fuego.

Levi supuso que no debería mirar. No debería verla mientras se agarraba con más fuerza y tensaba los muslos alrededor de la bestia a la vez que movía las caderas a un ritmo acompasado.

No duró mucho. A la segunda sacudida, cayó sobre las colchonetas.

Y, antes de poder controlarse, él fue corriendo a su lado. Faith estaba tendida boca arriba, con los rizos que le llegaban a la barbilla enmarcándole el rostro como un halo y expresión angelical.

—¿Estás bien?

—¿Qué haces aquí? —le preguntó furiosa.

—¿Qué haces tú subiéndote a lomos de esa cosa? —Levi se le acercó más haciendo caso omiso de la gente que los rodeaba.

—No es asunto tuyo. Deja de decirme lo que tengo que hacer.

Él le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, pero ella lo ignoró y se levantó como pudo.

—Estoy bien.

—Eso ya lo sé, pero está claro que has hecho el idiota.

—Pues mira a toda esta fila de idiotas —dijo señalando a la gente que hacía cola.

—¿Por qué te has subido?

—Porque... porque estoy cansada de que todo el mundo me trate como a una niña. Porque estoy cansada de que todo el mundo me diga lo que tengo que hacer. ¿Sabes que hoy casi me ha sido imposible ir a nuestra reunión porque mis hermanos tienen que saber lo que hago cada segundo del día? Se piensan que aún tengo quince años.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, son tus hermanos mayores.

—¿Tú eres hermano mayor?

—No. Soy hijo único. Pero me parece lógico.

—Mira, fui a un internado cuando era muy pequeña porque allí tenía más oportunidades que aquí. Viví lejos de mi familia y no sé por qué ahora todos son más protectores conmigo. ¡Como si no me hubiera valido por mí misma de pequeña! Vale, sí, era un internado de niñas y estábamos prácticamente enclaustradas, pero aun así...

—Deja que te invite a una copa.

—No necesito que me invites a una copa —respondió ella en dirección a la barra—. Puedo pagármela yo.

—No lo dudo. Pero me he ofrecido y deberías dejarme hacerlo.

—Me parece que opinas mucho sobre lo que debo y no debo hacer en cada momento, ¿no?

Pero cuando le pidió un ron con cola, ella no protestó. Agarró la copa y se apoyó en la barra, medio girada hacia él. Levi bajó la mirada hasta sus pechos y un golpetazo de deseo le impidió respirar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó obligándose a mirarla a la cara.

—Montar en un toro mecánico y dejar claro que tomo mis propias decisiones. Puede parecer una tontería, pero es mi objetivo. ¿Cuál es el tuyo?

—He venido a ver si echo un polvo —contestó mirándola a los ojos.

Eso debería bastar para ahuyentarla.

A menos que...

—¿A eso viniste anoche?

—Sí, señora.

Faith levantó la copa y desvió la mirada mientras preguntaba:

—¿Y cómo fue? —dio un sorbo de ron con cola.

—Resulta que no me fui a casa con ella.

Faith soltó la copa y lo miró sin molestarse en ocultar su curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque al final vi que no me interesaba tanto. Fui el primer sorprendido.

—Era preciosa. ¿Por qué no... te gustó?

Apretando la mandíbula, Levi la miró de arriba abajo.

—Esa es la pregunta del millón, cielo.

Entre los dos surgió lo mismo que había surgido en su casa. Era como una fuerza física, y por mucho que él se decía que no era la mujer apropiada, su cuerpo parecía no estar de acuerdo.

«Imbécil, quieres algo más potente de lo que ella puede darte. Algo más sucio. No quieres tener que preocuparte por tu pareja».

Pero deseaba a Faith.

—Tengo una teoría.

—¿Sobre?

—Sobre por qué no quisiste estar con ella —Faith dio un sorbo con la pajita y lo miró como animada por el alcohol—. ¿Es porque...? —levantó la barbilla con gesto desafiante— ¿Te sientes atraído por mí?

Él apretó los dientes mientras la sangre del cuerpo se precipitaba hacia su parte inferior.

—No podrías conmigo, pequeña.

—No es lo que te he preguntado.

—Pero es importante que lo sepas.

—Eso es lo que tú crees.

Levi se echó hacia delante y vio que el rubor de sus mejillas se intensificó. Estaba haciéndose la seductora, pero no tenía tanta seguridad en sí misma como pretendía aparentar.

—¿Eres consciente de lo que te haría?

Ella arrugó la nariz.

—Imagino que... lo normal.

Él soltó una risita.

—Cielo, he estado encerrado cinco años. No creo que recuerde qué es lo normal. Ahora mismo lo único que tengo es un instinto animal y no estoy seguro de que fueras a sentirte cómoda con algo así.

Faith cambió de postura y Levi se fijó en que estaba juntando los muslos. La imagen hizo que le recorriera una corriente de lujuria. Joder. Estaba empezando a pensar que la había subestimado.

—Sigues sin responder a lo que te he preguntado. ¿Me deseas?

—Te echaría un polvo. Con ganas. Y, créeme, te gustaría. Pero no te deseo, cielo. Simplemente he estado mucho tiempo solo, Faith. Me importa el sexo, no la mujer. No creo que sea la clase de hombre con el que deberías estar.

Ella se puso recta y lo miró fijamente.

—¿Con qué clase de hombre crees que debería estar?

Un hombre que se arrodillara para pedirle que fuera suya, que tuvieran hijos y que vivieran en una casa con muchas habitaciones para esos bebés.

Un hombre al que pudiera llevar a cenas familiares. Con el que ir de la mano. Un hombre que se preocupara por ella.

Eso era lo que se merecía.

—Uno que sea bueno y amable contigo, que te dé una familia —le rodeó una mejilla con la mano y, al rozarle el labio inferior con el pulgar, la sintió temblar—. Un hombre que te haga el amor. Yo lo único que puedo hacer es follarte, cielo. Te mereces a un hombre que se case contigo.

—¿Casarme? ¿Y luego qué? Tengo veinticinco años y mi carrera está empezando a despegar. ¿Por qué iba a querer interrumpirlo? ¿Por qué piensas que es lo que estoy buscando? Empezaré a preocuparme por eso dentro de al menos diez años. Y, mientras tanto, alguna que otra aventura...

—Aventura. Eso suena mucho más sofisticado y elegante que lo que tengo en mente, princesa.

—¿Qué he hecho para que me veas como una princesa? ¿Para que pienses que necesito que me ofrezcas más de lo que me interesa? No tienes acceso a mi corazón, Levi.

—Si tuvieras un poco de sensatez, te irías de este bar y olvidarías esta conversación. Joder, si tuvieras un poco de sensatez, olvidarías lo que ha pasado hoy. Limitate a hacer el trabajo para el que te he contratado y vete. Mi mujer dejó que me metieran en la cárcel por su asesinato. Iba a dejar que me pudriera allí, en una celda, mientras me hacía creer que estaba muerta. ¿Sabes...? La lloré, Faith. No sabía que estaba escondida. No sabía que me había dejado y se había marchado por su propio pie. Lo único que sabía era que yo no la había matado, aunque creía que lo había hecho otro cabrón. Mientras estuve en la cárcel mi motivación era vengar a mi mujer, y al final resultó que fue ella la que me había hecho todo aquello —soltó una carcajada carente de humor—. El amor es una mentira. El matrimonio es una broma. Y no voy a cambiar de opinión al respecto.

—El matrimonio supone un impedimento para lo que quiero —dijo Faith—. Y no voy a cambiar de opinión al respecto. Actúas como si supieras lo que quiero o lo que debería querer, pero no sabes nada.

—¿Y qué quieres, cielo? Porque lo único que puedo darte yo son unos buenos orgasmos.

Ella respiró hondo y parpadeó un par de veces. Miró a su alrededor y se puso de puntillas todo lo que pudo para besarlo en el extremo más bajo de la boca. Cuando se apartó, lo miró con expresión desafiante.

Si estaba haciéndose la valiente e intentando demostrar algo, lo lamentaría. Porque él no era un hombre con el que se pudiera jugar.

No sin consecuencias.

La rodeó por la cintura, la acercó a su torso y la elevó unos centímetros para que sus bocas pudieran rozarse mejor.

Y fue cuando supo que había cometido un error. Había perdido el control porque hacía cinco años que no estaba tan cerca de una mujer. Cinco años durante los que había creído que a su mujer la habían secuestrado o asesinado y no le había parecido bien pensar en ninguna otra.

Pero ahora... ahora estaba Faith. Y no debería tocarla. La había contratado para que le diseñara una casa.

Pero ella le estaba devolviendo el beso como si no pasara nada.

A lo mejor se había hecho una idea equivocada de esa chica, a lo mejor tenía la costumbre de jugar con sus clientes ricos y poderosos. A lo mejor era uno de los motivos por los que había llegado adonde había llegado.

Le rodeó la barbilla con la mano y le coló la lengua entre los labios. Y Faith respondió. Respondió de un modo maravilloso. Ardiente, resbaladizo y entusiasta.

—Di sí o no y cíñete a esa respuesta —le dijo cuando se apartó—. Porque una vez salgamos de este bar...

—Sí —respondió ella apresuradamente e irradiando energía.

—Pues entonces, vamos.

Tenían que marcharse de allí rápido, antes de que ella cambiara de opinión. Antes de que él perdiera el control por completo y la tomara contra la pared.

—¿Y mi coche?

—Luego te traeré a recogerlo.

—Vale.

Levi dejó un billete de veinte en la barra ignorando la mirada hostil del dueño, que parecía imaginar lo que iba a pasar.

Después la agarró de la mano y salieron a la calle. Las luces de seguridad del aparcamiento eran de un tono azul brillante y Faith estaba bellísima bajo ellas. Pero no se pondría más poético. Porque por dentro era todo fuego. Fuego y deseo. Tenía la sensación de que, si no se adentraba en ella en los próximos minutos, iba a explotar.

—Levi...

Volvió a besarla con fuerza.

—Última oportunidad —le dijo porque, aunque no era un caballero, tampoco era un monstruo.

—Sí.

Capítulo Siete

Faith se sentía atolondrada, embriagada de excitación. Nunca había experimentado nada igual. Había tenido alguna que otra cita, pero todas habían acabado con unos besos babosos en la puerta y sin ningún deseo por su parte de que fueran a más.

Había empezado a pensar que lo único que le interesaba era su trabajo. Que los hombres y, por consiguiente, el sexo, le eran indiferentes. Ahora, en cambio, no era que le interesara; era que lo veía como una cuestión de vida o muerte.

Levi la ayudó a subir a la camioneta y ella no dijo nada mientras salían del aparcamiento. Tenía el corazón acelerado y estaba cuestionándose su cordura. Pasar de su primer magreo directamente al sexo en cuestión de minutos tal vez no fuera la mejor idea, pero en ese momento lo único que quería era sexo con él.

Era un hombre al que jamás le presentaría a sus padres; ni se le ocurriría hacerlo. Resultaría casi ridículo verlo en la diminuta casa de campo. El hielo de su sangre y las cicatrices de su alma serían demasiado para la dulce y cálida cocina de su madre.

No, no quería llevarlo a casa. Quería llevarlo a la cama.

Aunque fuera una locura, era la primera vez que estaba sintiendo deseo. Así que ¿qué mejor forma de descubrir el sexo que con un hombre mayor que sabría muy bien lo que hacer? Porque, desde luego, ella no tenía ni idea.

Pero, por una vez, no pensaría en nada. No se preocuparía ni por el futuro ni por la opinión de los demás porque nadie se enteraría nunca.

Levi Tucker ya era su secreto en su vida profesional. ¿Por qué no podía serlo también en la personal?

De pronto, él salió de la carretera y tomó un camino estrecho en dirección al bosque.

—Por aquí no se va a tu casa.

—No puedo esperar.

—¿Qué es esto?

—Un sitio que conozco de antes, de cuando me metía en líos por esta zona.

«Meterse en líos». Eso era lo que estaba a punto de hacer ella.

Estaba eufórica. Esa noche había ido al bar a desmelenarse. Subirse al toro mecánico había sido como el pistoletazo de salida de su mini Día de la Independencia.

—Vale.

—¿Te sigue pareciendo bien esto?

Ella apretó los dientes y, con más valor del que debería haber tenido, le plantó una mano en el muslo y la fue deslizándose entre sus piernas hasta agarrarlo a través de la tela vaquera. Qué grande. ¡Qué grande! O a lo mejor era el tamaño medio. No lo sabía. Así de ignorante era en ese terreno. Pero, sin duda, era muchísimo más grande de lo que se había imaginado.

Y eso entraría en ella.

Se le tensaron los músculos internos, pero supo que fue más de excitación que de miedo. A lo mejor era la ventaja de esperar veinticinco años para perder la virginidad: que estabas más que preparada.

Levi detuvo el coche junto a los árboles, alejado del camino. Después se quitó el cinturón, se situó en el centro del asiento corrido, le desabrochó el cinturón a Faith y la sentó en su regazo mientras la besaba con intensidad.

A ella le daba vueltas la cabeza y le ardía el cuerpo.

Él le quitó la camiseta y sus dedos se movieron con habilidad por el sujetador. Faith no tuvo tiempo ni de preocuparse ni de pensar. Tenía los pechos desnudos y él los tenía en las manos mientras deslizaba unos pulgares ásperos sobre sus pezones, provocándola, excitándola.

Se sintió volar.

Quería que él tomara el control, que se responsabilizara de todo su placer. Porque sabía que sabría hacerlo. Claro que sabría.

Sujetándole la cabeza con las manos, Levi le besó el cuello y fue bajando hasta capturar entre los labios un pezón y succionarlo. Todo

resultaba tan erótico, tan obsceno, que no pudo más que arquearse hacia él. Levi estaba haciendo realidad unas fantasías que ni siquiera había sabido que tuviera.

Él se quitó la camiseta y la fricción de sus músculos y su vello contra sus pezones resultó tan deliciosa que Faith se retorció. La rodeó con fuerza por la cintura, la tendió y, de algún modo, le quitó los vaqueros y las bragas en un tiempo récord teniendo en cuenta las estrecheces de la camioneta. Luego se quitó el cinturón y se bajó la cremallera de los vaqueros.

Faith dio un respingo cuando notó su mano entre los muslos y sus dedos moverse por su resbaladiza piel, acariciando ese sensible y pequeño botón de terminaciones nerviosas para luego deslizar el pulgar hacia delante y hacia atrás, con habilidad, generándole una tensión que no estaba segura de poder soportar.

—Haré que dure más. Te lo prometo.

Pero Faith no entendió a qué se refería. Y cuando oyó el sonido de un plástico rasgándose, vagamente asimiló lo que estaba a punto de pasar. Al instante Levi estaba besándola otra vez y ya no pensó nada más... hasta que la punta de su excitación empezó a ejercer presión contra su cuerpo; hasta que la embistió con fuerza y una intensa sensación de escozor anuló todo el placer que había sentido un instante antes.

Soltó un grito y le hundió los dedos en los hombros mientras intentaba disimular el dolor que la recorría.

—Faith...

Ella se tensó y le susurró:

—No digas nada.

—Perdona —contestó él hundiéndose más adentro—. Es que me produces tanto placer...

Y esas palabras encendieron algo dentro de ella que eclipsó al dolor. Al miedo.

—No pares —le susurró rodeándolo por el cuello mientras se acomodaba debajo de él.

Era una sensación extraña notar su cuerpo dentro de ella. ¿Cómo podía resultar tan íntimo?

En la universidad todos hablaban de sexo; de lo que les gustaba o no; de cuándo, cómo y con quién. Pero nadie había dicho que el sexo te hacía

sentir no solo como si alguien hubiera entrado en tu cuerpo, sino como si hubiera entrado en tu alma. Nadie había dicho que era un dolor enorme y desgarrador seguido de una extraña y profunda sensación de conexión que se transformaba de nuevo en deseo.

Probó a ver qué sentía al moverse contra él y le gustó. Recibió con placer las embestidas de Levi acompañadas de sonidos potentes. Hasta que tuvo el cuerpo resbaladizo de sudor; de él o de ella, eso no lo sabía. Hasta que volvió el intenso deseo que había sentido la primera vez que la había besado. Hasta que pensó que se moriría si no conseguía más de él.

La dureza de Levi palpitó en su interior una última vez antes de que él se quedara paralizado sobre ella. Y entonces una oleada de placer la recorrió, ahogándola.

Y cuando Levi la miró, de pronto se sintió pequeña y frágil. Y, por si fuera poco, una lágrima le cayó por la mejilla.

Estaba llorando. Por Dios, ¡esa mujer estaba llorando! No. No mencionaría a Dios porque Dios no tenía nada que ver con lo que había pasado. Lo sucedido era algo salido directamente del infierno y él era uno de los elegidos del demonio.

No solo la había tomado en la camioneta en plan bestia, sino que Faith era virgen y él no había parado.

Al encontrar resistencia, al ver el reflejo de dolor en su rostro, había esperado solo un instante antes de seguir. Ella había alzado las caderas y él no había podido hacer otra cosa que continuar. Porque era preciosa. Y la deseaba. Más que preciosa, era suave y delicada. Todo un capricho.

Y llevaba más de cinco años sin nada de eso.

Hundirse en su prieto cuerpo había sido una revelación. Y también una perdición.

—Joder —murmuró subiéndose los pantalones. Tiró el preservativo por la ventana sin importarle.

—¿Qué? —preguntó ella temblando y rodeándose con los brazos como si intentara protegerse.

Demasiado tarde.

—Ya lo sabes.

—No —respondió Faith arrinconándose más aún en el extremo de la camioneta. La luz de la luna se reflejaba en su figura de piel clara—. No lo sé.

Le temblaba la voz y Levi captó el suspiro que al instante se convirtió en sollozo.

—No me has dicho que eras virgen —dijo intentando no hablarle con tono acusatorio, porque él también lo había sabido. En cierto modo, lo había sabido y eso no lo había disuadido.

Su inocencia y su inexperiencia eran evidentes, y Levi se había dicho que debía alejarse de alguien así, que debía buscar a alguien que se pareciera más a él. Pero su cuerpo no había querido.

Porque su alma era destructiva y consumía todo lo bueno y dulce.

¿No había sido así Alicia cuando la había conocido? ¿No se había transformado en otra cosa completamente distinta durante el tiempo que habían estado juntos?

Él era el denominador común de muchas de las situaciones que se habían torcido en su vida.

Él era lo único que no podía eliminar de la ecuación a menos que se eliminara a sí mismo de este mundo.

—¿Y qué? —preguntó ella buscando su ropa—. ¿Qué más da?

—Me dijiste que sabías lo que hacías.

—Sí —respondió con una voz que se le encogió todavía más—. Sabía perfectamente lo que íbamos a hacer. Bueno, no sabía que fuéramos a hacerlo en la camioneta. Me esperaba que durara... un poco más. Pero sabía que íbamos a tener sexo.

—Estás llorando.

—Eso es problema mío.

—No —dijo él llevándola hacia sí. Le sujetó la barbilla y la miró a los ojos. A pesar de la oscuridad, podía ver el brillo en su mirada. Como si las estrellas hubieran caído del cielo y se hubieran metido en ella—. Ahora es mi problema.

—No tiene por qué serlo. He tomado una decisión y es una decisión, por muy poca experiencia que tenga.

—No, porque no sabías cómo sería. Te he hecho daño porque no me lo has dicho.

—Te vuelvo a decir que es problema mío. Quería acostarme con un hombre mayor. Uno que supiera lo que hacía. Soy demasiado mayor para

ser virgen. Nunca había conocido a nadie con quien quisiera perderla hasta que te conocí a ti. Me hace las cosas más sencillas.

—Sencillas.

—Sí.

—Pequeña, llevaba cinco años sin sexo. No te conviene un hombre como yo en la cama. Te conviene un hombre paciente que se tome tiempo con tu cuerpo.

—Pero a mí me gusta tu cuerpo. Y me gusta cómo me ha hecho sentir.

—Te he hecho daño.

—Al final ha sido agradable.

—Eso da igual. Yo solo puedo darte a alguien áspero y egoísta. No quiero ser otra cosa.

—Y yo quiero ser alguien que tome sus propias decisiones y a quien le importe una mierda lo que piensen los demás, así que a lo mejor ahora mismo somos perfectos el uno para el otro.

—Ahora mismo.

—Sí. Sé lo que quiero. ¿Es que crees que voy a enamorarme de ti?

—Cielo, las vírgenes se enamoran de toda clase de capullos.

—¿Has estado con muchas?

—No. No había estado con una desde que yo lo era también.

—Entonces no digas las cosas por decir —dijo ella vistiéndose.

Faith no se había molestado en ponerse el sujetador y él era el cabrón perverso al que le había gustado ese detalle.

—Tengo mucha más experiencia que tú. A lo mejor lo que digo viene de la experiencia.

—Bueno, ya está hecho. ¿Y sabes qué? Que ha estado bien hasta ahora.

—Te llevaré a casa.

—Llévame a mi coche.

—Preferiría no dejarte en el aparcamiento a estas horas.

—Llévame a mi puñetero coche. No quiero dejarlo toda la noche en el aparcamiento para que la gente saque conclusiones.

—Antes eso no te importaba.

—Bueno, antes no me sentía mal ni avergonzada con mis elecciones, pero tú has hecho que ahora me sienta así. Ahora todo ha cambiado.

Si él tuviera conciencia, se habría sentido culpable, pero lo que sintió fue rabia.

Rabia por que hubiera ganado el monstruo, pero no por el impacto que ello pudiera tener en Faith. Tal vez era egoísta, pero le daba igual.

—Si quieres dejar el trabajo, lo entiendo —dijo Levi cuando llegaron al aparcamiento del bar de Ace.

—¡Ni de coña! —contestó Faith con tono desafiante—. No pienso perder este trabajo. No vas a estropear eso también.

—He supuesto que ya no querías trabajar conmigo.

—Para ser un hombre que no sabe prácticamente nada, te crees que sabes mucho de mí. No tienes ni idea de quién soy ni qué quiero. Terminaré el trabajo porque lo acepté.

—Tú misma.

Ella bajó de la camioneta. Él esperó a que entrara en el coche y saliera del aparcamiento. Y, hasta que no llegó a casa, no se dio cuenta de que Faith se había dejado la ropa interior. Las dos prendas parecían representar los últimos jirones de su humanidad.

Deslizó un pulgar sobre el encaje del sujetador y se preguntó por qué narices se iba a apartar justo ahora. Faith había sido una revelación. Suave y perfecta y todo lo que había querido siempre.

¿Por qué estaba fingiendo que le importaba ser un hombre cuando ser un monstruo resultaba mucho más sencillo?

Capítulo Ocho

Faith no dejaba de darle vueltas a una cuestión cuando se sentó para intentar trabajar.

Ya no era virgen.

Había perdido la virginidad en una camioneta.

De todos los sucesos inesperados que se habían producido en su vida, ese era el más inesperado. Había dado por hecho que lo de perder la virginidad acabaría pasando algún día, pero lo de la camioneta... ¿y con un hombre así?

Había imaginado que encontraría a un hombre que se pareciera un poco a ella y que fuera más o menos de su edad. Pero, en fin, eso era más apropiado a la hora de buscar una relación. Suponía que para el sexo no hacía falta tener tanto en común. Bastaba con que se encendieran el uno al otro solo con tocarse.

Sin embargo, no había contado con que un exconvicto acusado de asesinato la encendiera y le hiciera perder el sentido. La hiciera correrse. La hiciera llorar. Y luego la despachara.

¡Qué doce horas tan raras!

—¿Faith? Necesito los presupuestos.

Ella levantó la mirada y vio a su hermano Isaiah en la puerta.

—¿Qué presupuestos?

—Los que no me has enviado todavía.

No tenía nada preparado. Había aceptado ese proyecto del que sus hermanos no tenían ni idea y estaba absolutamente absorbida por lo que estaba pasando con Levi Tucker.

Levi era mucho más que un proyecto interesante de arquitectura. Quería volver a verlo. Quería hablar con él, quería tumbarse en la cama

con él con la luz encendida para poder ver todos sus tatuajes y todas las líneas de su cuerpo.

«Pero, si no es la clase de hombre que buscabas, ¿por qué te obsesionas tanto?».

Buena pregunta.

—¿Faith? —preguntó Isaiah preocupado.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece.

Ella cambió de postura y, al hacerlo, notó un escozor entre las piernas y se sonrojó. Resultaba embarazoso ser consciente de esa sensación teniendo a su hermano delante.

—Faith, nadie ha podido decir nunca de mí que soy una persona perspicaz en lo que respecta a las emociones de los demás, pero te conozco bien y sé que nunca te retrasas con el trabajo. Si todo esto es demasiado para ti...

—No. Me encanta mi trabajo. Estoy muy orgullosa de lo que hemos creado y nunca haré nada que lo ponga en peligro. Creo que a lo mejor me he involucrado demasiado en... otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—En... el trabajo comunitario.

«O en que me hayan follado hasta dejarme sin sentido por primera vez en mi vida...».

—Joshua puede ocuparse de eso. Es parte de su trabajo. Deberías comentarlo primero con él para que te ayude a decidir qué aceptar y qué...

—Ya lo sé. Sé que los dos me ayudaréis, pero por otro lado... es mi vida —respiró hondo—. Somos socios y agradezco todo lo que hacéis. Si yo tuviera que ocuparme de las finanzas como tú, me volvería loca. En serio, no te preocupes por mí. Ahora tienes una vida, y es una vida estupenda. Me alegro muchísimo por Poppy y por ti. Estoy emocionadísima con vuestro bebé y... con todo. Te has pasado demasiados años trabajando como un loco.

—Como un robot. Al menos, eso me han dicho más de una vez.

—No eres un robot. Te estás preocupando por mí, así que eso demuestra que no lo eres. Pero no puedes cargar con todas mis cosas. Ya no. No necesito que lo hagas.

—Sabes que nos preocupamos por ti. Y tienes razón. Si no fuera por nosotros... no estarías aquí.

—Vosotros tampoco estaríais donde estáis sin mí —contestó algo indignada.

—Lo sé. Lo que quiero decir es que yo seguiría trabajando en finanzas en algún otro sitio, Joshua se dedicaría a las relaciones públicas y tú estarías trabajando en una empresa importante. Pero lo que ha llevado a nuestro negocio hasta el nivel en el que está es lo que hemos hecho juntos. Y creo que a Joshua y a mí a veces nos preocupa que todo haya ido demasiado rápido para ti y que nosotros hayamos contribuido. Por eso no queremos que todo recaiga en ti.

—Te lo agradezco. De verdad que sí. Pero puedo con todo.

Isaiah asintió despacio y salió del despacho.

Podía con todo. Podía con su trabajo y por eso abrió las carpetas de los distintos proyectos para reunir los presupuestos que le había pedido Isaiah.

Y también podía con lo que había pasado con Levi.

Estaba decidida a terminar el proyecto por muy terrible que fuera ese hombre.

«¿Y crees que podrás estar en la misma habitación que él sin sentir que te estás muriendo?».

No lo sabía. Hacía doce horas que había perdido la virginidad y no tenía ni idea de qué debía hacer ahora.

Era la hora del almuerzo cuando se subió al coche.

Había pasado el resto de la mañana intentando ponerse al día con el trabajo, pero en cuanto se puso a conducir, empezó a pensar en lo que Levi le había dicho la noche anterior. En todas las advertencias que le había lanzado. En lo áspero que había sido. Porque no había sido nada delicado, la verdad. De todos modos, tampoco le había hecho daño. Había sido un dolor momentáneo al que tampoco le había dado importancia.

A lo mejor Levi había tenido razón y ella no debería haber forzado la situación sin estar preparada. Porque, aunque físicamente no había tenido ningún problema, lo complicado había sido asimilarlo emocionalmente. Seguir sus movimientos, permitir que sus manos, su boca y su...; que todo él la llevara en ese delicioso viaje había sido lo sencillo.

Pero luego...

Frunció el ceño y ahí se dio cuenta de en qué dirección conducía. Podía continuar o podía volver.

Pero entendió que no había vuelta atrás.

Y así, sin mirar atrás, giró hacia la serpenteante carretera que conducía a la casa de Levi.

A Levi no le hizo ninguna gracia oír que llamaban a la puerta. No estaba de humor ni para sermones, ni para rollos publicitarios, ni para galletitas de las Scout Girls. Y no se le ocurría ninguna otra razón por la que alguien estuviera llamando a la puerta.

Abrió gruñendo y se quedó paralizado.

—No eres un testigo de Jehová.

Faith carraspeó.

—No, que yo sepa. Soy baptista, pero...

—Me da igual, la verdad. ¿Qué haces aquí?

—He pensado que me merecía la oportunidad de hablar contigo sin estar desnuda y esperando a que me llevaras a mi coche.

Visto así... ahora se sentía más capullo todavía.

—Pues venga, di.

—¿Y si me dejas pasar?

—¿Debería?

—Sería lo más educado.

—Pues tendrás que disculparme, pero en los últimos años he olvidado lo que es la educación.

—No me vengas con chorradas —contestó ella entrando en la casa—. Entiendo que es tu excusa para todo, pero yo no me la trago.

—¿Mi excusa? Me alegra que veas como una excusa cinco años en la cárcel.

—Solo digo que, si sabes que te estás comportando mal, entonces deberías comportarte menos mal. Mira, nos acostamos y no podemos cambiarlo. No quiero cambiarlo. No entiendo por qué no podemos... seguir acostándonos. Podríamos llegar a un... acuerdo. Después de lo que hemos compartido, estar cerca nos a va a resultar un poco incómodo.

—Yo estoy perfectamente —dijo él mintiendo y retrocediendo un paso.

Si «perfectamente» significaba estar de mal humor y con una erección persistente, entonces sí. Estaba perfectamente.

—Pues yo no.

Faith dio un paso hacia él, tal como había hecho en otras ocasiones. Como una niña que no dejaba de acercar la mano al fuego de la cocina a pesar de haberse quemado ya antes.

Y aunque pensar en esa metáfora debería indicarle que debía apartarse, no lo hizo. Ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho.

La cárcel lo había cambiado. O tal vez el daño estaba hecho desde el principio. Los genes de su padre flotaban por sus venas y eran demasiado poderosos como para luchar contra ellos.

—Hasta que hayas terminado de diseñar la casa. Solo hasta entonces.

Ella relajó los hombros aliviada y su gesto de vulnerabilidad habría hecho que un buen hombre se lo replanteara todo.

Pero Levi no era un buen hombre y tampoco tenía intención de serlo.

—Debería estar en el trabajo, tengo que irme ya.

—No —dijo él sujetando el pomo de la puerta—. Has entrado en la guarida del león y no te irás de aquí hasta que esté preparado para que lo hagas.

—¿Y el trabajo...?

—¿Y esto? —respondió él agarrándole la mano y llevándola hacia la parte delantera de sus vaqueros.

—Ah —exclamó ella haciendo presión con la palma y deslizándola de arriba abajo.

—Si quieres hacerlo, lo haremos a mi manera. La primera vez no sabía que eras virgen, pero ahora eso ya está resuelto. No voy a ir suave contigo solo porque no tengas experiencia, ¿lo entiendes?

Faith asintió, aunque él tuvo la sensación de que ni siquiera sabía a lo que estaba accediendo. Y, si hubiera sido un buen hombre, eso también debería haberlo detenido.

Pero no lo era, así que nada lo detuvo.

—Me gusta tener el control y no tengo paciencia para las inhibiciones. ¿Me entiendes?

Ella lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Levi dudaba que lo entendiera.

—Significa que, si quieres hacerlo, lo haces. Si quieres que yo lo haga, lo pides. No me ocultes tu cuerpo y yo no te ocultaré el mío. Quiero verte. Quiero tocarte por todas partes. Y lo que haga no tendrá límites, así que tampoco los tendrá lo que hagas tú. Puedes hacerme todo lo que quieras.

—Pero tú tienes el control.

—Es mi regla. Pero si crees que algo estará bien, hazlo. Por ti y por mí —le rodeó la cara con una mano y la miró con intensidad—. El sexo puede ser una tarea rutinaria. Si llevas mucho tiempo con alguien y ya no hay chispa entre los dos, entonces puede convertirse en algo mecánico. Luces apagadas y un acto sin más, como cenar. No tengo problema con esa clase de sexo cuando se está en una relación, pero después de cinco años, quiero sexo sucio y atrevido, salvaje e intenso. El sexo puede hacerte decir, aceptar y hacer cosas que considerarías cuestionables estando en tu sano juicio. Pero cuando estás excitado, hay muchas cosas que te parecen una buena idea aunque en otras circunstancias no lo serían. Y ahí es adonde quiero llegar contigo. No quiero que pensemos en nada. Solo quiero que sintamos.

La levantó y se la echó a un hombro. Ella soltó un gritito, pero no se resistió mientras la subía por las escaleras.

—Aún no tienes tu cama a medida para las orgías.

Levi se rio y abrió una puerta de una patada.

—Bueno, tampoco vamos a hacer una orgía, ¿no? Esta fiesta es para dos.

—Te resultará aburrido.

La tumbó en la cama.

—¿Has tenido sujetador para ponerte hoy?

—Sí.

—Tengo aquí el otro.

—Tengo más de uno. Tengo más de dos.

—Vamos a ver este.

Faith se incorporó y dejó expuesto el sujetador de encaje rojo que llevaba debajo. Luego se bajó la cremallera de la falda lápiz, que se quitó revelando unas braguitas a juego.

—Joder. Faith, anoche, antes de que empezáramos, pensé que lo de parar el coche allí sería solo una especie de preámbulo de lo que vendría después. Intenté controlarme, intenté no ser un monstruo aun dándome cuenta de que eras virgen. Tengo las manos sucias y ahora voy a ensuciarte a ti.

—Has dicho que el sexo sucio es divertido.

—Hay muchas clases de suciedad, cielo.

Ella se tendió hacia atrás apoyándose en los antebrazos. Levi, sorprendido por lo atrevida que era, quiso descubrir más de ese pequeño enigma envuelto en encaje rojo.

—Quítate el sujetador y las bragas —le ordenó.

Ella se desabrochó el sujetador y se lo quitó corriendo. Después, tras vacilar un instante, se bajó las bragas y las tiró al suelo. Se mantuvo en la misma postura de antes, sin cubrirse. Exponiendo todo su precioso cuerpo.

Unos pechos pequeños y perfectos con pezones rosados, y rizos oscuros entre las piernas.

—Quería hacer lo correcto aunque fuera por una vez, pero me rindo —dijo Levi antes de acercarse a la cama. Le rodeó las caderas con los brazos y la arrastró hacia sí antes de besarle el muslo interno.

Faith emitió un pequeño gemido cuando él bajó un poco más y comenzó a lamerla como si fuera el postre más delicioso que hubiera probado nunca. Se retorció y contoneaba debajo de su boca mientras él la devoraba.

¡Hacía tanto tiempo que no había saboreado a una mujer de esa manera!

Y Faith estaba resultando la más dulce de todas.

Faith borraba el recuerdo de cualquier otra amante anterior. Hacerle eso era como un regalo para sí mismo.

Coló la mano entre sus piernas y le introdujo dos dedos, hundiéndolos y apartándolos al ritmo de su lengua. Podía sentir su orgasmo tomando forma en su interior. Podía sentir las sacudidas de sus músculos internos y su cuerpo resbaladizo de deseo. Le rozó el clítoris con los dedos antes de volver a posar los labios en ella y succionarlo a la vez que volvía a

introducírseles. Ella gritó y se tensó alrededor de sus dedos cuando el clímax se apoderó de ella.

Cuando terminó, Levi estaba tan excitado que pensó que iba a partirse en dos.

Se levantó, se quitó la camiseta y volvió a la cama.

Ella lo miraba con los ojos empañados a la vez que acariciaba los trazos de la piel de sus brazos.

—Son preciosos.

—¿Quieres hablar de mis tatuajes ahora?

—Ha sido genial —respondió Faith con la voz entrecortada—, pero estaba deseando verlos.

—Nudos celtas —dijo Levi refiriéndose a los intrincados diseños de sus brazos.

Se los había hecho a los dieciocho años. Odiaba a su padre y había querido encontrar una identidad más allá de la de ser hijo de ese hombre. Grabarse con tinta algo de su herencia irlandesa, de sus ancestros, le había parecido lo mejor en aquel momento.

Ahora creía que lo había hecho más bien para parecer un tío duro e impresionar a las mujeres.

—¿Y el pájaro?

«Libertad».

Tan sencillo como eso. Pero no era algo de lo que quisiera hablar en plena erección.

—Me gusta avistar aves, pero se acabó la charla.

Le agarró la barbilla y la besó para dejarle saborear su propia excitación.

Siguió besándola y jugando entre sus piernas a la vez que sacaba un preservativo de la mesilla.

Ella tenía la cabeza hacia atrás y los pechos arqueados hacia él. Sus labios, inflamados por los besos, se separaron con gesto de placer. Levi seguía acariciándola, torturándola con los dedos a la vez que se llevaba a la boca el paquete del preservativo y lo abría con los dientes. Después se lo puso y se situó en la entrada de su cuerpo.

Faith estaba excitadísima; húmeda y preparada. Él echó las caderas hacia delante y se adentró deslizándose entre esos dulces pliegues a la vez que ejercía presión contra el clítoris y disfrutaba de sus sonidos de placer. Faith gemía y se arqueaba hacia él, esta vez sin dolor.

Ella se agarró a sus hombros y le hundió los dedos en la piel mientras la embestía. Una y otra vez.

Hasta que los dos se perdieron en una neblina de placer. Hasta que ella estuvo jadeando. Suplicando.

Hasta que lo único que se oía en la habitación era el sonido de sus cuerpos, rozando el uno contra el otro, y el de sus respiraciones entrecortadas. Era de día y, sin haber tenido siquiera una cita antes, estaba dándole un orgasmo. Pero no se sentía culpable.

Había pasado muchos días en la oscuridad, contando las horas. Lo habían condenado a cadena perpetua y con eso apenas había esperanza. Solo la pequeña posibilidad de que encontraran un cadáver, por muy espantoso que fuera, y que eso lo exonerara. Se había sentido culpable por desear que apareciera algo, lo que fuera, que demostrara su inocencia.

Así había sido su vida. Y se había preparado para que siguiera siendo así el tiempo que le quedara.

Pero ahora estaba ahí, dentro del cuerpo de Faith mientras la luz del sol se colaba por las ventanas. Cegado por la luz y por el deseo.

No creía que hubiera sentido nunca algo así. Un calor y un deseo tan feroces rugiéndole por las venas.

Abrió los ojos y la miró, y se obligó a seguir mirándola cuando un orgasmo prendió en su interior como una llama.

Fue como tener delante una esperanza, unas posibilidades que jamás había creído tener.

Había salido de la cárcel y le había pedido a esa mujer que le construyera una casa y ahora...

Estaban follando en plena tarde.

Se sintió como si ese fuera de verdad el primer paso hacia la libertad que había dado desde que había salido de la cárcel.

Faith se arqueó bajo él, jadeando y rodeándolo con sus músculos internos cuando tuvo otro orgasmo. Él gritó de éxtasis y la agarró con fuerza contra su cuerpo al embestirla una última vez.

Lo que acababa de pasar entre los dos no se parecía a nada que hubiera experimentado nunca, pero no duraría para siempre. No podía ser.

Aunque, si para él había supuesto libertad, tal vez también podía serlo para ella.

A lo mejor durante un tiempo él podría hacerle algo de bien.

Sin embargo, mientras miraba su precioso rostro, le surgió una pregunta: aun sabiendo que no era un buen hombre para ella, ¿sería capaz de apartarse ahora?

Sabía la respuesta.

La abrazó con fuerza.

Tenía la mejilla de Faith apoyada en el pecho, sobre su palpitante corazón.

Ella tenía la mano posada sobre la cicatriz de la puñalada.

Sí. Por supuesto que sabía la respuesta.

Capítulo Nueve

Cuando Faith se despertó, el sol estaba bajo y ella estaba acurrucada contra Levi. Él estaba despierto.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las cinco.

—¡Mierda! —dio un respingo como si fuera a levantarse de la cama, pero entonces apoyó la cabeza en su hombro y añadió—: Esta noche cenó con mis padres.

—¿A qué hora?

—A las seis. Pero Isaiah y Joshua van a darme la lata preguntándome dónde estaba. Y seguro que Poppy también. Mi cuñada. Trabaja en la oficina.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

—¿Decirles... esto? —preguntó atónita.

—No esto en concreto —contestó él señalando a sus cuerpos—, sino lo del proyecto. Al final acabarán enterándose.

—¿Sí? Vaya, pensé que podría hacer un blanqueo de dinero y ocultárselo para siempre.

—Pero entonces yo no podría aparecer en la portada de una revista enseñando mi casa nueva. Mi nueva vida como hombre libre.

—Es verdad.

—La mejor venganza es vivir bien. Sobre todo porque con cualquier otro tipo de venganza acabaría volviendo a la cárcel.

—¿No sería como juzgarte dos veces por lo mismo?

—¿Estás animándome a cometer asesinato?

—No te ánimo. Solo era un detalle técnico.

—No voy a hacer nada con muertos de por medio. No te preocupes. Pero sí que me gustaría que mi ex viera todo lo que me compro con el dinero que ella no puede tener. Si no puede acabar en la cárcel, entonces acabará triste, sola y sin nada. A lo mejor te parece muy cruel...

—No. No puedo imaginarme lo que tiene que ser que alguien que te importa tanto te traicione así. No puedo imaginarme lo que tiene que ser pasar cinco días en la cárcel, así que mucho menos cinco años. Se merece... Se merece pasarse el resto de su vida pensando en lo que podía haber tenido y a lo que ha renunciado. Lo siento muchísimo.

—No necesito tu compasión.

—¿Solo necesitas mi cuerpo? —dijo acercándosele y contoneándose. Provocándolo.

—Me encanta tu cuerpo. ¿Cuándo vas a decirles a tus hermanos lo del trabajo?

—¿Sabes? Se lo diré esta noche.

—Me parece genial que lo hagas teniendo a tus padres de parapeto.

—Sí —dijo ella sonriendo.

No quería irse. Vaciló un instante antes de decir las palabras que no podía contener más.

—Levi... el tiempo que tenemos juntos es limitado, hasta que termine el proyecto. Y no quiero ponerme pegajosa contigo, pero me gustaría... ¿Puedo volver esta noche?

Él se incorporó, giró las piernas hacia el exterior de la cama y se quedó sentado dándole la espalda. Sin pensarlo, ella acarició el ala del pájaro que se le extendía por un costado.

—Claro, si de verdad quieres.

—Para acostarnos. Aunque a lo mejor llego tarde, así que, ¿podría dormir aquí?

—Si quieres dormir aquí, Faith, por mí no hay problema. Pero no te formes ninguna idea equivocada.

—No lo haré. Me traeré una bolsa, pero no sacaré nada. Dejaré el cepillo de dientes dentro; ni siquiera tocará tu lavabo.

—¿Por qué iba a importarme eso?

—No lo sé. En la universidad algunas chicas hablaban de lo nerviosos que se ponían los chicos con los cepillos de dientes. Yo nunca he

tenido novio. A ver, no estoy diciendo que seas mi novio, pero... perdona. Solo hablo de forma figurada.

—Tranquila —le dijo agarrándole la barbilla y mirándola fijamente a los ojos. La besó en la boca y al instante ella se calmó—. Lo que tenemos es algo sencillo. Los dos conocemos las reglas, ¿no?

—Sí.

—Entonces, no le des tantas vueltas, porque no quiero que estés pensando en nada cuando estemos juntos en la cama.

—A veces creo que no sé no darle demasiadas vueltas a todo.

—¿Y eso por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Llevo casi toda la vida haciéndolo.

Levi la miraba sin moverse y con un gesto demasiado perspicaz.

—¿Alguna vez te hace sentir como si estuvieras en una prisión?

—¿A qué te refieres?

—Al éxito que tienes. A tener tanta presión a tu edad.

—Pues no sé qué responderte porque, en realidad, nadie me ha obligado a nada y puedo dejarlo siempre que quiera.

—¿Tu familia es rica?

Ella se rio.

—No. Fui a colegios privados porque conseguí una beca. Joshua ni siquiera pudo ir a la universidad. No sacó nota suficiente para conseguir becas y mis padres no se lo podían permitir...

—Todo el dinero de tu familia gira en torno a ti.

—Sí —respondió ella en voz baja.

—No me extraña que fueras virgen.

—¿Eso qué tiene que ver?

—¿Alguna vez has hecho algo para ti?

—Para ser justos, aunque mi don, mi talento o mi sueño, como quieras llamarlo, es lo que nos ha dado el éxito, Isaiah y Joshua llenan otros espacios y podrían tener muy buenos puestos en cualquier otra empresa. Yo cubro el aspecto arquitectónico, pero ellos son los que me están permitiendo hacer lo que amo.

—Y tú les estás permitiendo a todos beneficiarse de tu talento. Que estén apoyando tu talento no significa que se estén sacrificando. Son inteligentes. Y con esto no intento dejar mal a tus hermanos. Yo haría lo mismo en su lugar. Pero, tanto si eres consciente de ello como si no, te has metido en el centro de una telaraña y te has quedado ahí atascada. No me extraña que a veces te sientas atrapada.

Después, mientras Faith se preparaba, no hablaron de nada serio. Estuvo riéndose mientras se vestía e intentaba subirse la falda lápiz esquivando los intentos de Levi de agarrarla y tocarla.

Sin embargo, de camino a casa de sus padres sí que pensó en lo que habían hablado. Tal vez debería luchar con más ganas por lo que quería y preocuparse menos por lo que Joshua e Isaiah pensarán de su asociación con Levi, tanto personal como profesional.

Aunque no mencionaría nada del ámbito personal.

Levi tenía razón. El negocio, su profesión, se había convertido en un monstruo al que no había visto llegar. Un monstruo enorme. Uno que le había dado un estilo de vida que jamás pensó que pudiera tener pero que estaba demasiado ocupada para disfrutar. Así que, ¿no debería al menos aceptar proyectos que le interesaran?

Esa era la cuestión. Levi le había interesado desde el principio. Lo único que la había hecho dudar había sido que sus hermanos se comportarían como unos capullos si se enteraban.

Detuvo el coche junto a la casita de campo de sus padres y se quedó sentada un momento deseando que Levi estuviera con ella, por muy inconcebible que resultara la presencia de ese hombre imponente ahí.

Al entrar en la casa, la invadieron el familiar aroma del asado de su madre y la sensación de hogar que la tenía vinculada a ese lugar. El lugar donde había crecido. El lugar que había anhelado mientras estaba en el internado y al que había vuelto por Navidad y en las vacaciones de primavera y de verano.

Todos habían llegado ya. Devlin y su mujer, Mia. Joshua, Danielle y su rijo, Riley. Isaiah y Poppy.

Faith era la única que estaba sola y, de pronto, esa sensación a la que tan acostumbrada estaba se le hizo rara.

Porque se había dejado una parte de sí misma en la cama con Levi.

Se sentía como una mitad ahí sola y la sensación era de lo más desagradable.

—Hola —dijo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Joshua.

—Tenía que hacer unas cosas.

Su madre salió de la cocina y la abrazó.

—¿Qué cosas? ¿Qué estás tramando? —la besó en la mejilla—. ¿Alguna genialidad más?

Su padre la besó y la abrazó antes de sentarse a la cabeza de la mesa.

—No es para tanto. Solo he elegido otro proyecto —respondió, sintiéndose como si tuviera quince años.

—¿Qué proyecto? —preguntó Isaiah frunciendo el ceño.

—No me has consultado si podemos encajarlo en la agenda —dijo Poppy.

—Puedo hacerlo. No pasa nada —respondió Faith.

—Estas cosas nos las sueles consultar —señaló Joshua.

—Sí, y esta vez no lo he hecho. He aceptado un trabajo que me ha resultado interesante y tenía la sensación de que no me ibais a apoyar mucho, así que lo he hecho por mi cuenta. Y ya es demasiado tarde para dejarlo porque tengo el acuerdo cerrado y estoy trabajando en el proyecto. Porque ¿sabéis? Yo soy la que diseña y debería poder aceptar proyectos que me interesen y rechazar los que no.

—¿Te estamos obligando a hacer cosas que no te gustan?

—No. Lo que hacemos me parece bien. Es solo que... también me interesa hacer otras cosas más imaginativas.

—Me alegra que disfrutes con eso. Es lo que nos ha traído hasta aquí.

—Y no se puede llegar hasta donde estamos sin estar segura de una misma. De lo que no estoy tan segura es de si vosotros dos vais a escucharme cuando os diga que sé lo que quiero hacer.

—Claro que vamos a escucharte.

Respiró hondo y miró a sus hermanos.

—He aceptado un diseño para Levi Tucker.

—¿Por qué me suena ese nombre? —preguntó Isaiah.

Devlin se levantó y cruzó sus brazos tatuados sobre su enorme torso.

—Porque lo acusaron de asesinar a su mujer.

—Que no está muerta, por cierto —señaló Faith—. Así que creo que eso demuestra que no es un asesino.

—Aun así...

—Yo creo que —dijo Mia vacilante— toda la situación es bastante... sospechosa. A ver, ¿qué mujer huiría de su marido si fuera un buen tipo?

—Sí, eso ya lo he oído, pero la cuestión es que lo he conocido en persona y... está bien. No llegaría a decir que es un tío encantador, pero desde luego parece bastante decente.

—Esto no me gusta nada. Creo que eres demasiado joven para comprender todo lo que conlleva —dijo Devlin.

—¡No me vengas con esas mierdas! —contestó furiosa antes de mirar a su madre y lanzarle una sonrisa de disculpa por su lenguaje—. Tu mujer tiene la misma edad que yo, así que, si soy demasiado joven para tomar decisiones empresariales, tu mujer es demasiado joven para estar casada contigo.

Mia se mostró indignada un instante y luego su expresión se transformó en una de suficiencia.

—Me gustan sus ideas —dijo Faith sin comentar que su casa era un palacio del sexo—. Y me alegra que mi nombre aparezca en ese proyecto.

—¿Quieres que te relacionen con un tío así? —preguntó Joshua sacudiendo la cabeza—. Una mujer joven y poderosa como tú cerrando un negocio con un hombre que seguro que tiene antecedentes de violencia...

Faith estalló y se levantó de la mesa.

—¡No le ha hecho nada a nadie! No ha habido acusaciones de violencia doméstica. No le hizo nada a su mujer. Ella desapareció y a él lo acusaron de todo sin tener pruebas sólidas. Y creo que lo prejuzgaron por sus... orígenes modestos.

—Faith, eres un modelo a seguir y que te relacionen con él podría dañar tu imagen.

—Me da igual, Joshua. Tengo veinticinco años y me quedan muchos años más en esta profesión. Si solo me preocupo de la imagen que doy y no acepto proyectos que me interesan, si no sigo mi pasión ni siquiera un poco, entonces no le veo sentido a nada de esto.

—Cuando lleves más tiempo trabajando, podrás correr riesgos. De momento, tienes que tener más cuidado.

Miró a su alrededor y, al ver cómo la miraban todos, sintió lo que Levi había descrito antes. La prisión. Su éxito había crecido más que ella y la tenía aprisionada.

—No soy una niña. Si acabo harta de esto y quemada porque me siento atrapada, entonces no podré hacer bien mi trabajo.

—Nadie quiere que acabes machacada y consumida por todo esto — dijo su madre mirando a Joshua y a Isaiah.

—¿A ti te parece bien que trabaje con un exconvicto? —le preguntó Joshua a su padre.

—Creo que el instinto de Faith os ha llevado a todos muy lejos y no deberíais ignorarlo solo porque no le veáis sentido ahora mismo — respondió su padre.

Justo por eso se había confesado delante de sus padres. Porque, aunque quería complacerlos y que todos los sacrificios que habían hecho por ella sirvieran para algo, sabía que la apoyaban de forma incondicional. Se les daba genial hacerle sentir que su felicidad les importaba.

No podía olvidar todo lo que habían hecho por ella; todo lo que habían ahorrado para que pudiera acceder a todas las oportunidades que se le habían ido presentando. No podía olvidar que le habían allanado el camino para conseguir lo que quería. Y tampoco podía olvidar que sus hermanos la habían ayudado a convertir su pasión por la arquitectura y el diseño en un negocio lucrativo.

Pero ella también había puesto de su parte y se merecía que la trataran como a una adulta.

Quería que admitieran que era una mujer adulta, responsable de su tiempo y de sus propias decisiones.

—He aceptado el proyecto y es innegociable. Y lo va a publicitar, os guste o no, porque es parte de su plan para... recuperar su vida. Era un empresario conocido por buenas razones antes de que lo acusaran por error.

—Faith... —empezó a decir Joshua.

—No lo conocéis. Habéis decidido que es culpable, igual que hicieron la opinión pública y el sistema judicial. Lo ha perdido todo por

culpa de prejuicios. Te dedicas a las relaciones públicas, así que a lo mejor podrías ayudar un poco cuando empiecen a salir las noticias...

—La cena estará lista enseguida —dijo su madre con tono amable pero firme—. ¿Por qué no dejamos los negocios para la sobremesa?

Hicieron lo que pudieron por evitar hablar de ello durante la cena y después su madre le pidió que la ayudara a recoger los platos. En lugar de quejarse por que no se lo hubiera pedido también a los demás, interpretó que lo había hecho porque quería hablar con ella en privado.

—¿Cuánto conoces a Levi Tucker? —le preguntó su madre con delicadeza mientras guardaba unos platos.

—Bastante —respondió Faith al sumergir las manos en el agua caliente.

—Estás muy segura de su inocencia.

—No veo nada en él que me resulte... malo.

—Ten cuidado. Has visto más mundo del que yo veré en mi vida, cariño. Has hecho y logrado más de lo que podría haberme imaginado, pero hay algunas cosas en las que no tienes experiencia, y eso me preocupa.

—No tienes que preocuparte por mí.

—¿Entonces tu interés por él es puramente profesional?

Faith sacó un plato del agua jabonosa y empezó a frotarlo.

—No tienes que preocuparte por mí.

—Pero me preocupo, al igual que a veces me preocupo por tus hermanos. Es lo que hacemos los padres y las madres.

—Bueno, pues yo estoy bien.

—No pasa nada por cometer errores. Lo sabes, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Olvídate de Levi Tucker un momento. No pasa nada porque cometas errores, Faith. No tienes que ser perfecta. No tienes que hacer felices a Isaiah y a Joshua. No tienes que hacernos felices a tu padre y a mí.

—No me supone ningún problema preocuparme de que mi familia sea feliz. Habéis hecho mucho por mí...

—Mira todo lo que tú has hecho por nosotros. Solo con tenerte como hija me habría bastado.

—Preferiría no cometer errores.

—Todos lo preferiríamos, pero a veces es inevitable. A veces tienes que cometerlos para poder convertirte en la persona que tienes que ser.

Faith se preguntó si podría clasificar a Levi como un error. Se estaba metiendo en algo, fuera lo que fuera, sabiendo muy bien qué clase de hombre era y cuándo y cómo terminaría todo entre ellos. Tal vez eso hacía que estuviera más preparada de algún modo; tal vez eso hacía que fuera una maniobra calculada más que un error.

—Sé que estarás preguntándote si sigues siendo perfecta —dijo su madre sin ningún tipo de crueldad.

—No me considero perfecta —respondió Faith frotando el plato con más rabia.

—Te gustaría serlo.

—¿Quién no quiere serlo?

—Diría que a tus hermanos no les importa mucho ser perfectos.

—Me gusta mi vida.

—No lo creo. Creo que te echas mucha presión encima.

Durante el resto de la noche, Faith intentó no darle muchas vueltas al asunto, pero de camino a casa de Levi esas palabras no dejaron de repetírsele en la cabeza. Hizo una parada en la suya para recoger un neceser, un pijama y ropa para el día siguiente, y en todo momento estuvo pensando...

«Eres demasiado dura contigo misma. No pasa nada por cometer errores».

Desde un punto de vista lógico, no le importaba que lo suyo con Levi fuera algo temporal y, en muchos aspectos, un error. Pero le preocupaba llegar a pensar que la relación pudiera convertirse en algo más. Ser una soñadora por mucho que quisiera pensar lo contrario.

Por otro lado, ¿cómo no iba a ser una soñadora? Ese era su trabajo. Crear cosas de la nada por muy prácticas que quisiera que fueran.

Ahora mismo estaba muy confusa, porque acostarse con Levi no era lo mismo que diseñar una casa. Ni por asomo.

Tenía que dejar de intentar encontrarle sentido a todo y asumir que simplemente estaba teniendo una relación física con un hombre. Sabía lo

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

que estaba pasando entre los dos y era lo bastante madura como para afrontarlo.

Levi no era un error. Era una experiencia.

Satisfecha con esa conclusión, agarró la bolsa, bajó del coche y fue hacia la casa.

Capítulo Diez

En los últimos dos días Faith solo había salido de la casa de Levi una vez. El viernes fue a trabajar, pero por la tarde volvió y pasó la noche allí de nuevo. Ahora era sábado, el día era sombrío y lluvioso, y ella estaba moviéndose por la cocina ataviada únicamente con una camiseta y una sonrisa.

A él no le importó.

—Esta tarde vienen unos caballos —comentó Levi.

Ella se sentó en la encimera y la camiseta se le subió, exponiendo ese cielo ubicado entre sus piernas, tan largas y preciosas. Las cruzó por los tobillos con gesto de inocencia y despeinada por sus recientes actividades.

Que lograra resultar angelical y pícara al mismo tiempo le producía unas sensaciones que no podía explicar.

No era mujer para él. No podía dejar de recordárselo.

Levi prácticamente había nacido hastiado. Cuando tenía dos o tres años, su visión del mundo se había ennegrecido a la vez que el ojo de su madre la primera vez que había visto a su padre darle puñetazos.

Ese era su recuerdo más temprano.

No un árbol de Navidad o la sonrisa de su madre, sino sus moratones. Unos puños golpeando carne y hueso.

Ese era su mundo. Así lo había conocido y entendido desde el principio.

Nunca había podido ver el mundo con la inocencia con la que parecía haberlo visto Faith.

Él la había introducido en lo sucio y lo carnal y había visto su rostro transformarse con asombro cada vez que le había dado un orgasmo. Cada vez que le había mostrado algo nuevo, algo ilícito. Ella le acariciaba el

cuerpo, los tatuajes y las cicatrices como si fueran regalos que descubrir y explorar.

Y en todo eso había algo embriagador que no había experimentado nunca con ninguna otra mujer.

Su novia del instituto había estado tan hastiada del mundo como él, y aunque habían experimentado el sexo juntos por primera vez, en ese acto solo habían visto una forma de escape, al igual que habían tomado drogas y alcohol para olvidar lo que pasaba en sus respectivas casas.

El sexo con Faith no era una válvula de escape. Nunca se había sentido tan en el presente, tan sumido en su propio cuerpo como cuando estaba dentro de ella.

No sabía cómo interpretarlo, pero tampoco tenía fuerzas para apartarse y rechazarlo.

—¿Caballos?

—En esta propiedad hay un pequeño establo y algunos prados, aunque cuando me mude a la otra...

—No me dijiste que necesitabas instalaciones para caballos.

—Entonces puede que te pida que me diseñes algo.

—¿Puedo ver los caballos? —preguntó emocionada.

—Claro. ¿Te gusta montar?

—Nunca he montado tanto como mis hermanos porque no pasé en la granja tanto tiempo como ellos. Aunque sé montar, claro. Siempre tuvimos caballos. Y al volver aquí era una de las prioridades de uno de mis hermanos: montar un rancho.

—¿Dónde vives? Ella se rio.

—Pues soy una arquitecta que vive encima de una cafetería.

—¡Anda ya!

—En serio. Me supone demasiada presión pensar en diseñarme una casa. En Seattle vivía en una casa moderna hecha toda de cristal, y me encantaba, pero sabía que no iba a quedarme allí, así que no me construí nada. Y al volver a Copper Ridge tampoco supe qué quería hacer. Por eso no me he diseñado una casa. Y justo vi que había un piso en el pueblo encima del The Grind y me pareció que ese edificio antiguo de ladrillo rojo en el centro del pueblo era el lugar perfecto para conseguir inspiración. No me equivoqué. Me encanta.

—Qué decepción. Pensé que vivías en una maravilla arquitectónica, algo hecho todo de cemento y con la forma del interior de una concha.

—Es ridículo. —¿Tú crees?

—Bueno, tampoco es tanta locura. Está claro que he visto cosas más raras. ¿Cómo aprendiste a montar a caballo?

Él vaciló, no quería adentrarse demasiado en territorio personal, pero al final respondió:

—Conseguí un trabajo en un rancho cuando tenía doce o trece años y fue lo que hice hasta que me marché a estudiar. Había un hombre mayor que se llamaba Bud. Tenía un rancho grande en las afueras. Murió hace un par de años. Me acogió y me dejó trabajar su tierra, así que gracias a eso pude escapar de mi casa y vivir al aire libre a la vez que ganaba un poco de dinero. Mis notas se resintieron, pero yo estaba loco de contento. Para mí el trabajo de rancho siempre supondrá libertad. Es una de las cosas que más odiaba de la cárcel. Estar metido entre cuatro paredes todo el tiempo. Y no hay nada que huelga como un rancho; como los caballos, el heno y la madera. Son olores que se te meten en la sangre, y estar alejados de ellos era como una privación sensorial. Cuando entré allí, se llevaron y vendieron a mis caballos y metieron el dinero en una cuenta. He podido recuperar a dos y me los traen hoy.

—Levi, no me puedo creer que perdieras tu rancho y tus animales.

—Da igual.

—No da igual. Ella... Ella te lo quitó todo. ¿Crees que lo hizo a propósito?

—Sí.

—¿Por qué? Mira, no creo que le hicieras nada, pero...

—La vida que le di no era la vida que ella quería.

—¿Y qué vida creía que tendría?

—Ella era como yo. Pobre. Yo tenía veintiún años y ella, dieciocho. Me pensaba que en su mirada veía corazones, pero en realidad eran símbolos de dólar. La quería. Nos labramos un camino juntos, o eso creía yo. Trabajamos por un futuro en el que pudiéramos mirar por encima del hombro a todos los que nos habían mirado así a nosotros.

—¿Desde una casa en una colina?

—Sí. Desde una casa en una colina. Pero Alicia quería más. Quería fiestas, ropa de diseño y toda esa mierda. Cuando desapareció, fue el peor momento de mi vida. Que yo supiera, solo se había llevado el bolso, y de verdad pensé que le había pasado algo. Parecía como si la hubieran raptado entre el supermercado y el coche. Dejé de dormir pensando en qué le habría pasado. Joder, hasta me imaginaba cómo la estarían torturando. O violando. La imaginaba aterrorizada. Nunca en mi vida he pasado tanto miedo. Aunque en ese momento no estábamos muy bien, jamás quise que le pasara nada a mi mujer. ¡Pero si yo ni siquiera contemplaba la idea del divorcio! No pensaba que estuviéramos tan mal como para no poder arreglarlo.

—No puedo ni llegar a imaginarme todo lo que debiste de sufrir.

—Fue horrible. Y luego vinieron y me arrestaron diciendo que tenían motivos para pensar que le había hecho algo. Más tarde dijeron que había pruebas de que la había matado y me había asegurado de que no apareciera el cadáver. El cadáver. En aquel momento mi mujer era un cadáver y me estaban acusando de ser el responsable. Y yo, tonto de mí, lloré y sufrí por ella.

—¿Crees que alguna vez te quiso? No me imagino haciéndole eso a alguien a quien odiara, y mucho menos a...

—Creo que al principio sí me quería, pero se pensó que para mí la riqueza y el éxito significaban otra cosa. Yo quería un rancho y no quería ir a tantas fiestas. No me importa que fuera sola, pero ella quería llevarme agarrado del brazo. Quería una vida muy concreta y no me informó de ello hasta que fue demasiado tarde. Y...

—Y tú no estabas dispuesto a dársela, lo cual no es excusa para tenderte una trampa e inculparte de un asesinato o lo que fuera que pretendía hacer. Aunque sí que podrías haberle dado un par de cosas para hacerla feliz... si no fuera una psicópata.

Él se rio.

—Si no fuera una psicópata. Por eso no tengo intención de volver a casarme.

—La verdad, no te culpo —dijo Faith agachando la cara.

—¿Quieres que luego salgamos a cabalgar?

—Sí —contestó ella ilusionada.

—Bueno, vaquera, espero que hayas traído tus tejanos.

Capítulo Once

Faith estaba sentada en la valla viendo a los caballos dar vueltas por el prado. Parecían contentos con su nuevo entorno. O tal vez era por la presencia de Levi, por cómo los había recibido y acariciado, dejando que lo olfatearan.

Sentía como si le fuera a estallar el pecho. Era un hombre muy duro, pero precisamente esa dureza hacía que los momentos de dulzura fueran tan especiales. No sabía por qué estaba pensando en momentos especiales. Por qué pensaba en él de esa forma.

Pero viéndolo ahora ahí, rodeado por los caballos, con el Stetson negro, la camiseta negra y los vaqueros ceñidos... anhelaba muchas cosas.

Nunca había llegado a formar parte de algo de verdad. La noche anterior había sido la única soltera. Un prodigio de la arquitectura con la que poca gente podía identificarse. La pobre niña de internado becada. La niña inteligente que prefería evadirse en los libros y en su imaginación antes que ir a una fiesta.

Eso había estado bien durante un tiempo, pero ya no.

Quería fundirse con él en todos los sentidos. Amoldarse a su vida. No sabía por qué, pero las ganas eran tan fuertes que apenas podía respirar.

Bajó de la valla y fue hacia él.

—¿Qué haces? —preguntó Levi.

—Solo quería... Son unos caballos preciosos.

Y él era una belleza impactante. Por primera vez lo veía relajado, cómodo.

Como un pájaro extendiendo las alas.

—Me alegra haberlos recuperado —dijo él con una sonrisa.

—¿Y los otros?

—Es imposible localizarlos a todos, pero me conformo con estos. Saldrán en el artículo de la revista junto a mi casa nueva y las instalaciones ecuestres que me vas a construir. Habrá una gran foto mía con estos caballos que Alicia me quitó.

—¿Es todo por eso?

—Mi vida ha girado en torno a ella durante diecisiete años y en los últimos cinco solo podía pensar en... —apretó los dientes—. Eso es lo peor. Que todo ese tiempo estuve preocupado por ella y resultó que estaba bien, bebiendo champán en un yate. Tirándose a saber a quién mientras yo estaba encerrado en una celda como un monje con una cadena perpetua por delante. Y preocupado por ella. Alicia sabía que estaba encerrado y le dio igual. Eso es lo peor. La cantidad de energía emocional que he malgastado preocupándome por esa mujer cuando...

Ella se le acercó y le tocó el antebrazo.

—¿Esto no es energía emocional?

—¿Cómo te sentirías tú en mi lugar?

—No lo sé. Tienes razón. No debería opinar nada sobre esto.

—Limitate a tu trabajo, cielo, y opina sobre el diseño que puedes hacerme.

Ella dio un paso atrás sintiendo que se había excedido.

—No te preocupes.

—¿Cómo supiste que eras un prodigio de la arquitectura? —le preguntó Levi de pronto.

—No lo sé. Dibujaba edificios desde pequeña, me fascinaba. El dibujo se me daba bien, pero también se me daban bien las Matemáticas, las Ciencias, la Historia y la Historia del Arte.

—Así que eres una de esas personas odiosas que no tienen ningún punto débil.

—Bueno, menos... las relaciones sociales —dijo riéndose—. Pero en cuestiones académicas, no. No mucho. Y eso me abrió muchas puertas. Aunque en realidad fueron mis hermanos los que me ayudaron a centrarme en esto porque Isaiah, al dedicarse a las finanzas, quiso ayudarme a sacarle provecho a lo que me gustaba hacer y trasladarlo al mundo real. ¿Y tú? ¿Qué fabricabas?

—Maquinaria agrícola. Piezas de sustitución pequeñas y genéricas más baratas sin comprometer la calidad.

—¿Y cómo te surgió la idea?

—Desde luego, no porque sea un artista, sino porque ahí fuera hay muchos hombres con ganas de trabajar a los que les encanta sustituir por sí mismos las piezas de su maquinaria si pueden. Quise encontrar el modo de simplificar el proceso. Encontramos el modo de fabricar evitando problemas con las patentes de algunas empresas grandes y al final acabé fabricando para esas empresas también, algo complicado aquí en Estados Unidos. Pero es una de las razones por las que nuestra maquinaria es tan demandada. A mi mujer le parecía aburrido y quería me metiera en negocios inmobiliarios porque era un tema más interesante para hablar con sus amigas. Más atractivo que hablar de juntas.

—Pues a mí una junta me resultaría muy atractiva si me diera millones de dólares.

—Joder, eso mismo pensaba yo. Quería sencillez.

—A veces la sencillez es la mejor solución. La gente cree que, para resultar interesante, tienes que ser complicado. Yo no creo que sea siempre así, ni en el diseño ni en la vida. Aunque está claro que en tu caso la solución más sencilla fue la revolucionaria.

—Supongo. Bueno, ¿lista para montar?

—Sí.

Por la razón que fuera, ahora se sentía más cerca de él. Se sentía parte de él. Y quería aferrarse a esa sensación todo lo posible porque sospechaba que se esfumaría mucho antes de lo que le gustaría.

Empezaba a sospechar que pasar con Levi algo menos que toda una vida no bastaría.

Capítulo Doce

Levi tenía que admitir que pasar cinco años alejado del campo lo había consumido.

Llevaba la naturaleza y los animales en la sangre, en los huesos, desde que había empezado a trabajar en el rancho de Bud. Aquella experiencia lo había cambiado. Le había dado esperanzas y le había permitido ver que la vida no solo era dolor y miedo.

Los niños siempre lo habían evitado en el colegio. Era el chico que iba a clase con cardenales por la cara. El chico sobre cuya familia chismorreaban; cuya madre siempre parecía machacada e infeliz y a cuyo padre solo se veía de noche cuando lo sacaban borracho de los bares.

Pero los caballos nunca lo habían visto así. Se había ganado su confianza.

A lomos del caballo, miró atrás y la sonrisa de Faith iluminó todos los rincones oscuros de su interior. No se había esperado disfrutar compartiendo ese momento con ella. Bueno, mejor dicho, no se había esperado compartir nada con ella.

Le atraía su inocencia. Sentía que, si podía estar lo bastante cerca de Faith, tal vez podría ver el mundo como lo hacía ella, como un lugar lleno de posibilidades más que un lugar lleno de dolor. De traición. De desamor.

Y todo ello le hacía querer acercarse más. Le hacía querer...

Quería que lo entendiera y era algo que no recordaba haber querido nunca. Ni siquiera había querido que Alicia lo entendiera.

Le había dado igual. La había amado, pero ese amor había estado condicionado por la vida que quería construir, por la imagen de lo que podrían llegar a ser. Se había centrado en avanzar en lugar de vivir el presente.

Y a lo mejor en eso Faith tenía razón. A lo mejor ahí era donde había fallado como marido.

Pero, por mucho que reconociera que era responsable de parte de la infelicidad de su matrimonio, tampoco es que hubiese sido un fallo tan grande como para merecer que lo metieran en la cárcel.

—Todo esto es precioso —dijo Faith.

—Es parte de la propiedad de la casa nueva —respondió él mirando al cielo—. Parece que va a haber tormenta, pero, si no te importa arriesgarnos a que nos pille la lluvia, puedo enseñarte dónde podríamos poner las instalaciones para los caballos.

—Por supuesto.

Llegaron a un claro con vistas al valle. Era la ubicación que quería, desde donde poder mirar desde arriba a todos los que lo habían mirado por encima del hombro.

—¿Crees que puedes trabajar con esto?

—Desde luego —respondió ella moviendo a su caballo para ver mejor las vistas—. Quiero que sea como un espejo de tu casa, pero funcional, claro. Y abierto. Sé que los caballos no han pasado cinco años en la cárcel, pero a ellos también les robaron su vida en cierto modo. Quiero que todo esté conectado y que os sintáis libres.

Qué curioso que Faith hubiera empleado esa palabra que tanto significaba para él. Había anhelado tanto la libertad que había comerciado con cigarrillos a cambio de que le tatuaran el símbolo en el cuerpo.

No era un hombre sentimental y sus tatuajes eran lo más parecido que tenía a un sentimiento.

—Me gusta tu forma de pensar.

Faith ladeó la cabeza, arrugó la nariz y lo miró como si fuera algo extraño y fascinante.

—¿Por qué te gusta mi forma de pensar?

—Porque ves más que paredes. No solo ves estructuras, sino lo que pueden suponer para las personas y hacerles sentir. Cuatro paredes pueden suponer una cadena perpetua o ser un refugio. Es una diferencia que no aprecié hasta que me encerraron.

—Cuando diseño edificios que no son casas lo hago basándome en el perfil de la ciudad en cuestión. En cómo quiero que la estructura fluya con

su entorno. Pero las casas son distintas. Por ejemplo, la de mis padres, con lo pequeña y sencilla que es, no podría transmitirme más la sensación de hogar. Es donde crecí, donde se formaron las piezas esenciales que me conforman. Eso es un hogar. Y los hogares donde vives después de esos primeros años ya no son lo mismo. Así que tienes que intentar extraer algo de la experiencia de vida que la gente ha tenido desde que salió de la casa de sus padres y crear un hogar a partir de ahí.

Él pensó en su casa de pequeño, en cómo se había sentido allí. En el miedo. En el olor a alcohol y tristeza. En la constante amenaza de violencia.

—Para mí el hogar era el lomo de un caballo. Las montañas. Los árboles. El cielo. Ahí me hice. Ahí me convertí en una persona de la que poder estar orgulloso o, al menos, en una persona. La casa de mis padres era una prisión.

Arreó a su caballo para volver a la otra propiedad. Faith lo siguió.

Y en ese momento rompió a llover. Mientras cabalgaban, el agua le caló hasta los huesos.

Lluvia.

Hacía cinco años que no sentía la lluvia en la piel.

Joder, no había sido consciente de cuánto la había echado de menos.

Soltó las riendas y bajó los brazos. Abrió las manos y dejó que su cuerpo se moviera a ritmo del caballo mientras el agua lo empapaba. Fue como un bautismo en plena naturaleza.

Después, volvió a tomar las riendas del animal justo cuando llegaron al granero. Metió al caballo en el establo, volvió a salir y se quitó la camiseta para dejar que la lluvia le cayera también sobre esa zona de piel.

Si a Faith le pareció raro, no lo dijo. Entró en el granero y se quedó ahí un momento mientras lo dejaba solo fuera, bajo la lluvia. Cuando salió, ya sin el caballo, su melena, mojada, oscura y por la barbilla, le enmarcaba la cara.

—¿Estás bien?

—Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que siento la lluvia desde que entré en la cárcel —respondió él dejando que el agua le cayera en la cara.

Ninguno dijo nada. Ella se acercó y lo agarró del brazo. Y ahí se quedaron un rato, mojándose juntos.

—Háblame de tu familia —dijo después Faith.

—Te aseguro que preferirías no oírlo.

—Quiero oírlo.

—A lo mejor a mí no me apetece contártelo.

—Estamos en casa. Es el mejor lugar para contar historias duras.

Y tenía razón. Estaban en casa. Eran libres. Se encontraban exactamente en el mismo lugar donde él había encontrado la libertad por primera vez.

—El primer recuerdo que tengo es el de mi padre pegando a mi madre en la cara. Recuerdo que le salió un moretón casi al instante. Sangre. Lágrimas. En mi casa nunca me sentí seguro. Nunca vi a mi padre como un protector. Mi padre era el enemigo. Era un bestia. Vivió siendo malo, murió siendo malo, y nunca he llorado su muerte. Ni un solo día.

—¿Cómo murió?

—Insuficiencia hepática, que es un modo de morir bastante mundano para un hombre como él. En cierto modo habría sido mejor que hubiese muerto de forma violenta. Aunque a veces me reconforta ver que la enfermedad no les sobreviene solo a las buenas personas. A veces les cae a los que se la merecen.

—¿Y tu madre?

—Se marchó a Oregón en cuanto él murió. De vez en cuando le envío dinero. O lo hacía...

—Lógicamente, no podías enviarle dinero desde la cárcel.

—No. Lo que pasó fue que, después de aquello, no quiso nada de mí. No se creyó que no tuviera nada que ver con la desaparición de Alicia. Pensó que estaba cortado por el mismo patrón que mi viejo.

—¿Cómo pudo pensar algo así? Es tu madre.

—Al fin y al cabo, era una mujer posicionándose al lado de otra mujer. Y, en parte, no puedo culparla. Creo que le resultó más sencillo pensar que su peor pesadilla se había hecho realidad: que me había convertido en lo que había heredado por mis genes. Imaginarás por qué lo temía.

Él también lo temía, incluso aún. Porque ese odio, ese puño de rabia que tenía clavado en el pecho, era demasiado perverso para llevar ahí poco tiempo. Debía de haber nacido con él.

En ese momento la levantó en brazos y la llevó a la casa. Ella se aferró a él; los dedos se le resbalaban por su piel mientras lo acariciaba.

—Este soy yo —dijo agarrándole la mano y posándola sobre la cicatriz del navajazo—. Y por eso te dije que no era el hombre adecuado para ti. Por eso te dije que te mantuvieras alejada de mí.

Faith deslizó los dedos sobre la cicatriz, sobre la marca del día en que lo habían rajado y dejado ahí tirado, desangrándose. Por un momento se había planteado quedarse tumbado y morir. Lo habían sentenciado a vivir en la cárcel, así que ¿por qué no acortar un poco esa sentencia?

Pero sus instintos y su cuerpo no le habían permitido rendirse. No. Se había levantado y había golpeado al hombre que lo había atacado. Y luego lo había golpeado otra vez. Y otra vez más.

Después de aquello nadie había vuelto a atacarlo.

—No —dijo Faith trazando con los dedos el ala del pájaro—. Este eres tú. Este. Esa cicatriz no la elegiste. No elegiste nacer en una vida de violencia. No elegiste a tu padre. No elegiste la cárcel. No elegiste tener una pelea aquel día y acabar rajado. Pero esto sí lo elegiste. Estas alas. Este diseño. Y es más real que nada de lo que te han podido infligir nunca.

Él la hizo callar con un poderoso beso.

Quería que todo lo que decía Faith fuera real. Quería que su beso significara más que todo su pasado.

Le acarició el cuerpo con absoluta reverencia, maravillado.

Esa mujer, tan preciosa y dulce, lo acariciaría. Se entregaría a él.

Sí, quería creer lo que le había dicho, pero no sabía cómo hacerlo. No se veía capaz.

Lo único que podía hacer era alegrarse de haberla encontrado.

Quería ahogarse en ella tanto como quería ahogarse en la lluvia. Sentirse renovado. Limpio, aunque solo fuera por un momento. Faith era como la lluvia de primavera. Reconstituyente. Redentora. Esencial para él y más de lo que se merecía.

Faith le acariciaba el cuerpo y la cara a la vez que besaba la cicatriz y el tatuaje más abajo. Siguió bajando hasta que lo tomó en la boca, deslizando la lengua sobre su erección con un tortuoso movimiento. Él la agarró del pelo y se apartó un poco.

—Déjame —dijo ella en voz baja.

Y entonces, esa preciosa mujer que nunca le había hecho eso a un hombre, volvió a centrarse en él. Lo colmó de atenciones que no se merecía de nadie, y mucho menos de ella.

Pero deseaba que pasara; la deseaba como no había deseado nada en mucho tiempo.

Faith era esperanza, una promesa de redención que jamás podría tener de verdad.

Como su nombre decía, era «fe». Creer en algo que no podías ver o controlar.

Era lo que le faltaba a su vida.

A su corazón.

Se le empezó a nublar la visión y le tembló el cuerpo del placer que le estaba dando con las manos y con la boca. Bajó la mirada y sus ojos se encontraron. Vio deseo en ellos. Necesidad. Y confianza.

Confiaba en él. Ese hermoso ángel confiaba en él como nadie lo había hecho nunca.

Y eso lo llevó al límite. No se apartó y ella, al no detenerse, se tragó su liberación antes de recorrerle con besos el abdomen y el pecho hasta volver a su boca. Levi la besó mientras le acariciaba el clítoris y hundía dos dedos en su interior llevándola al clímax.

Faith se aferró a él, aturdida, maravillada.

Esa mujer era un regalo. Probablemente el único regalo que le habían hecho en toda su vida.

Pero debería haber sido un regalo para otro hombre. Un hombre que supiera valorarla y tratarla como el tesoro que era. Él no sabía hacerlo.

Faith, con la respiración entrecortada, lo abrazó y le hundió los dedos en los hombros.

—No quiero irme a casa.

—Pues quédate conmigo.

Ella lo miró con una pregunta en el rostro.

—Sí. Quédate conmigo.

Capítulo Trece

Dejar el tiempo pasar lentamente estando en una burbuja con Levi era fácil. Ocultar dónde pasaba las noches y la mitad de los días, no tanto. Si sus hermanos no sospechaban, desde luego Poppy sí. Su cuñada le lanzaba miraditas de reojo cada vez que llegaba tarde a la oficina o se marchaba pronto.

Faith sabía que le pedirían cuentas, así que tenía que resolver lo que fuera que estuviera pasando entre Levi y ella. Porque, independientemente de lo que hubieran acordado en un principio, ya no quería que su relación fuera algo temporal.

Los dos habían adoptado una rutina perfecta en las últimas semanas. Cuando ella no estaba en la oficina, estaba en casa de él, y a menudo diseñando.

A veces, cuando se había quedado trabajando hasta tarde y lo había visto dormir, ideas y más ideas le habían abarrotado la cabeza.

Había empezado a ver la futura casa de Levi como un nido. Un nido para el pájaro que tenía tatuado. Un lugar al que esa criatura herida pudiera llamar «hogar». Un hogar ubicado en la naturaleza que lo rodeaba y que pareciera hecho de los mismos materiales que la tierra.

El problema era que estaba volcándose en eso en detrimento del resto de su trabajo. Ahora mismo se sentía apartada de su vida, de todo lo que debería importarle.

Le importaba Levi.

Le importaban los cambios que ella estaba experimentando por dentro.

Pero debería importarle más su próxima entrevista con Architectural Digest. Debería importarle más el anuncio de televisión que tenía que grabar en la oficina para fomentar la participación de mujeres jóvenes en terrenos dominados por hombres, como la arquitectura.

Pero, en lugar de centrarse en eso, estaba centrándose en su novio.

Al instante se le cayó el alma a los pies.

No era su novio. Era un hombre con quien había cerrado un acuerdo temporal y con quien se estaba obsesionando.

Poppy llegaría en cualquier momento para grabar el anuncio y ella tenía que centrarse, aunque no estaba segura de poder hacerlo.

La puerta se abrió y su cuñada, siempre perfecta, entró con una sonrisa plantada en ese rostro perfectamente maquillado y con un adorable vestido de estilo retro que le resaltaba la figura y la barriguita.

Tal vez fuera la persona en quien poder confiar. No tenía la sensación de que Hayley y Mia fueran a empatizar mucho con su situación.

—¿Estás lista? —le preguntó Poppy con mirada escéptica, como si supiera que no lo estaba.

—Iba a decir que sí, pero está claro que no te lo parece.

—Estás muy pálida.

—Soy pálida.

—Bueno, comparada con algunas, sí que lo eres —dijo Poppy tocándose su piel resplandeciente y, desde luego, nada pálida—. Necesitas un poco de colorete y pintalabios con algo de color. No soporto la chorrada esa milenial del pintalabios rosado que hace que los labios se fundan con el resto de la piel.

—No llevo pintalabios.

—Pues ahí tienes el problema.

Poppy abrió el cajón donde solía guardar el maquillaje y fue entonces cuando Faith se dio cuenta de su error. El neceser no estaba ahí. Porque se lo había llevado a casa de Levi.

—¿Dónde tienes el maquillaje?

—¿En... alguna parte?

—En serio, Faith, no habría sospechado si no me hubieras dado una respuesta tan tonta.

—En casa de Levi Tucker —respondió con valentía.

Porque estaba dispuesta a arriesgarse por Levi como nadie lo había hecho nunca por él. Ni su exmujer, envenenada por el egoísmo; ni su padre, un borracho inútil y cruel; ni su madre, que había permitido que las

cicatrices y el dolor de su pasado la cegaran y le impidieran ver la inocencia de su hijo.

Faith estaba arriesgando su sentido de la perfección, se estaba arriesgando a decepcionar a todos, pero no le importaba. Solo le importaba él.

—Porque... ¿estabas trabajando? —preguntó Poppy con escepticismo pero un poco esperanzada.

—Más o menos. Bueno, pues ya está —dijo mirándola a los ojos.

—Faith... ¿Con un cliente?

—Ya, ya. La intención era que fuera algo temporal, pero... lo quiero.

En cuanto lo dijo, supo que era verdad. Con él, en sus brazos, había encontrado algo dentro de sí misma que nunca había sabido que le faltaba.

—Tus hermanos...

—Se van a enfadar. Y les va a dar miedo que sufra. Lo sé. Me temo que voy a sufrir y por eso te lo estoy contando a ti. Isaiah no es un hombre fácil.

Poppy se rio.

—Pues no.

—Pero merece la pena, ¿no?

Poppy se acercó a la mesa de Faith y dijo:

—Quiero a tu hermano desde hace más de diez años y siempre mereció la pena, incluso cuando estaba enamorado de otra persona.

—Levi no está enamorado de nadie, pero está... furioso. No sé si le cabrá dentro alguna otra emoción. No sé si puede superarlo.

—¿Le has dicho que lo quieres?

—No. Eres la primera persona a la que se lo digo.

—¿Por qué a mí?

—En primer lugar, porque a ti Isaiah no te va a matar.

—No.

—En segundo lugar... necesito saber qué hacer porque nunca he amado a nadie y estoy aterrada. Y no quiero que ese hombre sea un error, pero no porque quiera la perfección, sino porque lo quiero a él. Y ya no voy a ocultarlo.

—Nunca has tenido por qué ocultarlo. Nadie necesita que seas perfecta.

—A lo mejor yo sí. No puedo decepcionarlos. Isaiah y Joshua se han entregado por completo a nuestro negocio. No puedo... no puedo estropearlo todo.

—Ellos nunca lo verían así. Isaiah te quiere, muchísimo. Sé que le cuesta demostrarlo, pero también es humano. Él se enamoró sin verlo venir, así que no va a machacarte a ti por haber hecho lo mismo.

—Se van a enfadar mucho. Levi es mayor que ellos.

—E Isaiah es el exprometido de mi hermanastra. Pero el amor no pide permiso. Se cuela por las grietas que encuentra, se expande y nos encuentra cuando menos nos lo esperamos.

—Entonces, ¿no me juzgas?

—Voy a juzgarte si no te pones pintalabios para el vídeo, pero no voy a juzgarte por haberte enamorado de un hombre complicado que no sabes si tendrá o no la capacidad de amarte. Yo he pasado por eso.

—Y te salió bien.

—Sí —respondió Poppy llevándose la mano al vientre—. Me salió bien.

—¿Y si no hubiera salido bien?

—Me habría merecido la pena igualmente. Más allá de si Isaiah hubiera podido o no sentir algo por mí, jamás me habría arrepentido de amarlo. En un mundo perfecto, él me habría amado desde el principio, pero el mundo no es perfecto. Está roto. Y sospecho que a tu Levi le pasa lo mismo.

Faith asintió.

—La cuestión es que no sé si Levi está demasiado roto como para poder recomponerse.

—Y no lo sabrás hasta que no lo intentes.

—Es demasiado arriesgado.

—Sí, pero así es el amor. No puedes aferrarte al miedo si quieres cargar con algo tan grande e importante como el amor. Y ahora, venga, ponte un poco de pintalabios.

Capítulo Catorce

Faith había terminado de diseñar la casa.

Había sido un día inevitable desde el principio y, ahora que había llegado, Levi se resistía a apartarse de ella y de pronto se vio pensando en formas de convencerla para que se quedara. ¿Pero por qué?

La finalidad de contratarla y construir esa casa había sido establecerse una nueva vida, un nuevo camino; no crear un vínculo con esa joven arquitecta.

Estaba a punto de tener todo lo que quería y, aun así, fantaseaba con llevarla a su casa y tenderla en esa cama a medida que en realidad ni quería ni necesitaba.

Aún no había visto los diseños. De hecho, por un lado quería retrasarlo porque, una vez los aprobara, Jonathan Bear empezaría con la construcción y probablemente a partir de ese momento Faith ya no se comunicaría con él para continuar el proyecto.

Por el bien de ella, debería alegrarse de que todo fuera a acabar, pero no se alegraba.

Era domingo por la tarde y eso significaba que cenaría con sus padres. Pero aún no se había marchado. De hecho, estaba tendida en los pies de la cama completamente desnuda. Boca abajo, con las rodillas dobladas y las piernas cruzadas por los tobillos, moviéndolas de adelante atrás. El pelo le había caído por la cara mientras dibujaba con fervor, con esos labios carnosos formando una deliciosa «O» que le recordaba a cómo lo había acariciado con ellos hacía solo una hora.

—¿No tienes que estar pronto en casa de tus padres?

—Sí —respondió ella mirándolo con expresión enigmática.

—¿Pero?

—No he dicho «pero».

—No ha hecho falta —dijo él acercándose a la cama y dándole una palmadita en el trasero—. Lo he oído de todos modos.

—Tu preocupación resulta conmovedora. Es complicado.

—Sé lo que es una familia complicada.

—No. Sabes lo que son las familias espantosas. La mía solo es complicada.

—¿Te vas a saltar la cena esta semana?

—¿Qué más te da?

Buena pregunta. Que fuera o no a cenar a casa de sus padres solo debería preocuparle si repercutía en sus posibilidades de hacerle el amor.

«Eso es. Porque lo único para lo que ha estado en tu casa cada día ha sido para hacer el amor. No habéis estado viviendo juntos. No habéis estado jugando a las casitas».

Salir a cabalgar, cocinar y comer, irse a dormir, despertarse y ducharse. Joder, ¡pero si hasta habían acabado lavándose los dientes juntos!

Ahora entendía eso de que a los hombres les pusieran nerviosos los cepillos de dientes. Un cepillo de dientes tenía algo íntimo.

Además, conocerla tan íntimamente hacía que el sexo con ella fuera aún mejor. Vivir con ella, estar cerca de ella, era como el preámbulo.

—Le he contado a Poppy lo nuestro.

Levi se sentó en el borde de la cama.

—¿Por qué?

No la había visto nunca, pero lo sabía todo de ella. Sabía que se había convertido en su cuñada hacía muy poco tiempo, pero no había tenido la sensación de que fueran amigas.

—Me salió... sin más —Faith se encogió de hombros y el gesto hizo que sus pechos desnudos se elevaran y bajaran. Por un momento la visión lo distrajo de lo que estaba diciendo—. Y no le veía sentido a seguir ocultándolo.

—Creí que no querías que tus hermanos se enteraran.

—No quería, pero ahora...

—Has terminado de diseñar la casa.

—Aún no te lo he enseñado.

—Pero eso no cambia el hecho de que lo hayas terminado, ¿no?

—Supongo que no. Mira, se lo conté porque necesitaba hablar con ella de algunas cosas.

—¿Y no crees que si se trata de... nosotros? —dijo vacilando al pronunciar esa palabra—. ¿Deberías haberlo hablado conmigo?

—Sí, y necesito hablarlo contigo —contestó Faith al incorporarse para sentarse—. Pero primero... tenía que aclararme las ideas.

—¿Y?

—No quiero que lo nuestro acabe.

Esas palabras lo alcanzaron con la fuerza de una cuchilla atravesándole las costillas.

—¿Sí?

Él tampoco quería que terminara. No tenían por qué terminar ya. Casi se sentía como si su venganza y su regreso triunfante hubieran quedado en pausa, junto con su determinación de meter a Alicia en la cárcel demostrando lo que le había hecho.

Todas esas cosas desagradables podían esperar. Tendrían que esperar hasta que la casa estuviese terminada. Y mientras tanto... ¿Qué tenía de malo seguir con Faith? Sí, habría complicaciones cuando toda su familia se enterase, pero, aun así, la idea de poder tenerla un poco más, de tenerla cerca, era embriagadora.

—¿Quieres más? —le preguntó deslizando un dedo sobre su clavícula y luego sobre un pezón.

—Sí —respondió ella con la voz ronca—. Pero no solo por esto. Levi, tienes que saberlo —añadió con los ojos brillantes de emoción y convicción.

A él se le congeló el pecho. No podía respirar.

—¿Qué tengo que saber?

—Cuánto te quiero.

Eso no fue solo una puñalada. Fue un ataque brutal que le atravesó el corazón y lo dejó desangrándose.

—¿Qué?

—Te quiero. No quería que pasara esto, no quería ser justo lo que te temías que fuera: la virgen que se enamora del primer hombre con el que se acuesta. Pero no soy ese cliché. Soy una mujer que ha esperado hasta encontrar algo poderoso. Tuvimos conexión antes que sexo. Y me fío de eso, me fío de mi instinto. Hasta ahora nunca me ha fallado. Podría alejarme de ti y seguir con mi plan. Nada de amor, nada de matrimonio hasta los treinta y cinco, hasta haberlo hecho todo en el orden perfecto. Hasta haber supuesto un triunfo para mis hermanos y mis padres. Eso me hará sentirme orgullosa, pero no me hará... sentir. Sentir de verdad. La profesión de uno no lo es todo, y tú lo sabes bien. Todo lo que lograste se convirtió en polvo por lo que te hizo tu mujer. Lo destruyó porque esas cosas son fáciles de destruir. Cuando todo arde, solo queda una cosa, Levi. El amor de otras personas.

—En eso te equivocas. Hay algo más que sobrevive al fuego. El odio. Y a mí de eso me sobra. Tengo demasiado, Faith. A veces hasta creo que nací con él y que seguiré teniéndolo hasta que haga pagar a esa zorra por lo que me hizo.

—Pues elige otro camino.

—Nunca he tenido elección. Otros decidieron mi destino por mí antes de que pudiera siquiera respirar al llegar al mundo.

—No me lo creo. Si no hay elección, ¿cómo se aplica eso en mi caso? ¿Me he trabajado todo lo que he conseguido o me lo han dado? ¿Yo tuve elección?

—Es distinto.

—¿Por qué? ¿En tu caso es distinto? ¿No ves lo hipócrita que es eso?

—La hipocresía es la menor de mis preocupaciones.

—¿Qué te preocupa entonces? Porque está claro que yo no.

—Ahí te equivocas. Te advertí y no me escuchaste.

—No era cuestión de escuchar o no. Me he enamorado de ti estando contigo. Tu belleza está en todo lo que haces. En cómo me tocas. En cómo me miras.

—¿Qué es el amor para ti? ¿Vivir aquí conmigo, haciendo el amor y riéndonos sin enfrentarnos al mundo real?

—No. No...

—Yo te voy a decir lo que es el amor para mí. Violencia continua. Un optimismo ciego que te hace lanzarte al pasillo de una iglesia y jurarle

los votos a alguien a quien nunca le va a ir bien a tu lado. Tú misma lo dijiste. Fui un mal marido.

—No al mismo nivel que tu padre. No al nivel de lo mala que fue tu esposa.

—¿Qué me sacó? Dinero, nada más. ¿Y en tu familia qué pasa? Son gente normal, incluso buenas personas, imagino, y aun así no siempre te hacen sentir bien.

—Supongo que tienes razón. Querer a otras personas nunca será sencillo. No es un derroche de felicidad constante. El amor se mueve y cambia. Unas veces das más y otras recibes más. A veces el amor duele, pero merece la pena. Sé que puede ser un camino duro, pero también sé que el amor importa.

—¿Por qué? —le preguntó él desde lo más profundo de su alma. Quería entenderlo.

Estaba desesperado por entender por qué Faith consideraba que merecía la pena correr ese riesgo. Estaba ahí sentada, literalmente desnuda, confesando sus sentimientos, abriéndose en canal al mostrarle sus partes más vulnerables.

Quería entender por qué él se merecía que ella corriera semejante riesgo.

—Durante toda mi vida he tenido mi bloc de dibujo como parapeto ante el mundo. Y cuando no ha sido el bloc, han sido mis logros, lo que he hecho por mi familia. Me aferro a esas cosas para justificar mi existencia. Pero contigo no tengo que hacerlo. Tampoco creo que tenga que hacerlo con mi familia, pero me hace sentirme segura no compartir mis interioridades con ellos y resultarles impresionante y perfecta. Así les es fácil estar orgullosos de mí. Me aterra la idea de hacer algo por mí misma que puedan juzgar o por lo que me puedan rechazar. Cuando vives como he vivido yo, no conoces lo que es el fracaso. Tú nunca te dejaste impresionar por mí. Solo querías mi arquitectura porque era un símbolo de estatus.

—Eso no es verdad. Jamás habría contactado contigo de no ser porque me gustaban tus diseños.

—Pero, aun así, contigo era distinto. Al principio pensé que era porque eras un extraño. Me dije que sería como dar clases, aprender del sexo con un profesor cualificado. Pero no fue así. Hubo química de verdad.

—Pero la química no es amor.

Faith lo ignoró.

—Quería estar cerca de ti sin barreras, sin blocs de dibujo ni logros de por medio. Has hecho que aprecie los fallos que tengo en mi interior y que antes me asustaban. La perfección no existe y siempre he tenido miedo de admitirlo.

Se levantó y continuó:

—He tenido una vida fácil comparada con la tuya. Me has hecho darme cuenta de lo fuerte que puede llegar a ser una persona. Nunca había conocido a nadie como tú, alguien que ha sufrido tanto. Te has hecho de la nada. Mi familia es de orígenes humildes, pero no es lo mismo. Nosotros teníamos un apoyo, una base. Tú no tuviste nada de eso. No quiero que sigas caminando solo. Quiero caminar contigo. Ese sería el mayor logro al que podría aspirar: amar a alguien como tú y ser correspondida. Recorrer nuestro camino juntos.

—Mi camino está fijado. Lo ha estado desde el principio —dijo él levantándose.

Levi miró su luminoso rostro y sus ojos llenos de esperanza. Una esperanza ilusoria. Faith no entendía lo que le estaba pidiendo que hiciera. Él ya se había planteado quedarse con ella ahí encerrado, pero el odio y la rabia que vivían en su interior eran una condena perpetua. Algo con lo que había nacido; algo de lo que temía no poder escapar nunca.

Pedirle a Faith que viviera con él, que viviera con lo que era, sería condenarla a esa cadena perpetua. Y si había alguien inocente, era ella.

Aun así, la idea resultaba muy tentadora.

Podía asumir el monstruo que era y hacer cautiva a esa mujer; la mujer que lo había conquistado en cuerpo y alma y que le había hecho plantearse la importancia de la venganza.

Pensar en justicia era lo que lo había ayudado durante sus cinco años en prisión. Al principio justicia para su esposa y luego para él.

En algún momento la búsqueda de la justicia se había transformado en búsqueda de la venganza, y no podía arrastrar a Faith a ese mundo.

Aun así, aun sabiendo que no podía tenerla, la deseaba con toda su alma.

Pero sabía lo que era vivir en cautividad y no quería eso para ella. Tenía que dejarla marchar.

—No. No te quiero.

—¿No me quieres?

—No.

No le costó pronunciar esa palabra porque ¿qué era el amor? ¿Qué significaba más allá de violencia, traición, votos rotos y todo lo demás que le había pasado en la vida? Él no tenía pruebas de que el amor fuera real. Lo más parecido al amor que había visto había sido la mirada brillante y llena de esperanza de Faith, pero sabía que él no se merecía esa clase de amor.

Si el amor existía de verdad y era puro, no se lo merecía.

Faith debería entregarle ese amor a alguien que lo mereciera; a un hombre que se hubiera ganado el derecho de que lo mirase con esperanza y confianza. Él no era ese hombre.

—No puedo quererte. Ni puedo quererte a ti ni puedo querer a nadie.

—Eso no es verdad. Llevas semanas queriéndome. Lo has demostrado en cada acto, en cada caricia.

—No es verdad.

—Levi... —le puso la mano en el pecho y él deseo agarrarla y mantenerla ahí—. Me has cambiado. ¿Cómo puedes mirarme a la cara y decirme que lo que tenemos no es amor?

Él le apartó la mano y retrocedió un paso.

—Si hay amor en este mundo dejado de la mano de Dios, no es para mí. Búscate un hombre que sea capaz de amar. Yo he optado por la venganza. Y a lo mejor tienes razón. A lo mejor podría elegir seguir otro camino, pero no estoy dispuesto a hacerlo.

Faith lo miró y, aunque él era el que estaba vestido, se sintió desnudo. Sintió que ella podía ver hasta lo más profundo de su alma e incluso más adentro. Resultaba aterrador que alguien te conociera tanto. Nunca había experimentado nada tan espantoso como sentir que ella estaba viendo la oscuridad que había en su interior.

—El pájaro significa libertad —dijo Faith. Agarró el bloc de dibujo y se lo plantó delante de la cara—. Mira esto. Tengo los planos auténticos en el ordenador, pero mira esto.

Levi hojeó el bloc y entonces lo vio. El dibujo de una casa. Una vista aérea. Estaba diseñada con la forma de unas alas plegadas. No tenía la forma exacta de un pájaro, pero él podía verla. Podía sentir justo lo que ella había pretendido que sintiera.

—Sabía que era una imagen importante para ti, aunque no sabía el porqué. Libertad. Te lo tatuaste en el cuerpo, pero no la has aceptado con el alma.

—Faith... —Nunca has salido de aquella prisión.

—Sí. Salí y ahora estoy aquí.

—No. Sigues allí —dijo ella cerrando los puños y con los ojos empañados de lágrimas de rabia—. El juez te liberó, pero tú no te has liberado. No mereces vivir para siempre en una cárcel por culpa de ella.

—No es solo por ella. Creía que, si cambiaba mi vida, si ganaba suficiente dinero, si me casaba y me compraba una buena casa, me liberaría del destino que todos creían que tendría. ¿Qué te crees? ¿Que los profesores que tuve no pensaban que sería como mi padre? ¿Que las mujeres de Copper Ridge que accedían a salir conmigo en el fondo no tenían miedo de que fuera un maltratador de mujeres en ciernes? Todos pensaban que acabaría así. Lo que nunca pensaron fue que acabara siendo rico. Lo hice para desafiarlos. Para desafiar a mi destino, pero fue imposible porque acabé en la cárcel de todos modos. Hiciera lo que hiciera, estaba destinado a ello. ¿Fue por ella o fue por mí?

—No es por ti. No eres un mal hombre —dijo Faith con voz temblorosa—. No lo eres. Eres el mejor hombre que he conocido en mi vida, pero por muchos símbolos de libertad que te tatúes, no vas a cambiar nada. La venganza no te hará libre, Levi. Solo te liberará la esperanza. Eso solo puede hacerlo el amor y tienes que permitirselo. Tienes que permitírmelo.

No podía. No podía condenarla a vivir en una prisión. Él ya no tenía escapatoria, pero ella sí.

—He elegido la venganza y no puedes hacer nada para impedirlo.

—Levi, ¿no puedes darnos una oportunidad? No tienes que decirme que me quieres, pero ¿puedes al menos...?

—No. Hemos terminado. El diseño está acabado y nosotros también. Ya hemos ido demasiado lejos y el hecho de que estés llorando lo demuestra.

—Por favor, te lo suplicaré. No soy una persona orgullosa. No tengo nada por lo que sentir orgullo si no te tengo.

Apretando los dientes, Levi dio un paso al frente y le agarró la barbilla.

—Escúchame. Tienes todos los motivos del mundo para sentirte orgullosa, Faith Grayson. Tu vida seguirá sin mí. Y cuando conozcas al hombre que te quiera como mereces que te quieran, que pueda darte la vida que deberías tener, lo entenderás. Y agradecerás haber tenido orgullo.

—Me niego a que me dé lecciones un hombre que ni siquiera cree en lo que siento. Empezó a recoger su ropa.

—Quiero que vivas en la casa que he diseñado para que, cuando te muevas por ella, sientas mi amor en esas paredes. Y quiero que recuerdes lo que podríamos haber tenido. La he diseñado asegurándome de que nunca volvieras a sentirte encerrado, pero te sentirás aprisionado tanto dentro como fuera. Tanto si estás solo o conmigo o a lomos de un caballo. Y estarás en una prisión que tú mismo te has creado. Tienes que dejar atrás todo ese odio que has estado arrastrando y a lo mejor te sorprendes de la cantidad de amor que puedes dar y recibir. Si decides hacerlo, por favor, ven a buscarme.

Se vistió despacio y sin decir nada más. Luego agarró el bloc de dibujo y salió del dormitorio.

Él no fue tras ella. No se movió hasta que no oyó la puerta cerrarse y el motor del coche.

Después entró en el cuarto de baño y se agarró al lavabo antes de levantar la cabeza y mirarse al espejo. El hombre que veía ahí... era un criminal.

Un hombre que no había cometido ningún crimen pero al que habían endurecido los años de cárcel y cuyo destino había estado marcado desde que había llegado al mundo.

El hombre que veía ahí era el hombre al que odiaba más que a nadie.

Más que a su padre. Más que a su exmujer.

Volvió a mirar a la encimera y vio el vaso del cepillo de dientes. El de Faith seguía ahí. El puñetero cepillo de dientes.

Agarró el vaso y lo lanzó contra la pared. El cristal se hizo añicos y los cepillos acabaron en el suelo.

Solo era un puñetero cepillo de dientes y ella solo era una mujer.

Al final tendría justo lo que se había propuesto tener.

Y eso era todo a lo que podía aspirar un hombre como él.

Capítulo Quince

Faith no tenía ni idea de cómo logró llegar a casa de sus padres, de cómo logró sentarse y cenar como una persona normal. Forzar una sonrisa. Mantener una conversación.

No tenía ni idea de cómo logró hacer todo eso y, aun así, lo hizo.

Se sentía rota. Astillada, fragmentada por dentro, y como si fuera a cortarse con sus propias piezas dañadas. Pero había logrado sentarse allí, sonreír y asentir en los momentos apropiados. Había logrado contenerse y no levantar el plato y estamparlo contra la mesa para que quedara tan roto como ella.

Había logrado no gritarles a todos por haber formado unas parejas felices.

Cuando terminó la cena, sus cuñadas y su madre se quedaron en la cocina probando una receta que Danielle quería hacer para la tarta de cumpleaños de Joshua mientras Devlin y su padre fueron al garaje para que su hermano pudiera echarle un ojo a la camioneta.

Eso la dejó sola en el salón con Joshua e Isaiah.

—Poppy me lo ha contado —dijo Isaiah con voz firme y áspera.

Se había imaginado que su cuñada lo contaría.

—Bueno, no hay nada que contar. Ya no.

—¿Qué significa eso? —preguntó Joshua.

—Que mi relación con el señor Tucker ha acabado. La fase de diseño ha pasado a la de construcción y ahora es problema de Jonathan Bear, no mío. No es para tanto.

—Para mí sí. Me importas y no quiero que sufras.

—Pues estoy sufriendo, pero bueno, supongo que le pasa a todo el mundo.

—Ese cabrón se ha aprovechado de ti —dijo Joshua.

—¿Por qué crees que se ha aprovechado de mí? ¿Porque soy joven? ¿Porque era virgen? —preguntó viéndolos palidecer e intercambiar miradas—. Creo que vosotros dos hicisteis un trabajo fantástico rompiéndoles el corazón a vuestras mujeres antes de que todo funcionara.

—Aquello fue distinto —dijo Isaiah.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Joshua—. Fue distinto.

—¿Por qué?

—Porque acabamos con ellas —contestó Joshua sin más.

—Pero ellas no sabían que acabaríais juntos. No cuando rompisteis con ellas.

—¿Crees que acabarás con él? —preguntó Isaiah.

—No, pero no podéis decir que no sé lo que quiero ni lo que hago cuando los dos os habéis casado con mujeres que están más cerca de mi edad que de la vuestra.

—Poppy está en medio, para ser justos.

—No. Para ser justos no. Estuvo enamorada de ti durante una década y la ignoraste y luego le pediste matrimonio por conveniencia, sin ningún sentimiento de por medio. Así que no necesito que me des sermones. Y no necesito que vayáis a darle una paliza.

—¿Vas a seguir adelante con el proyecto? —preguntó Joshua—. Porque sabes que no tienes que hacerlo.

—Lo sé y quiero hacerlo. Quiero darle la casa. A ver, le voy a cobrar, pero quiero que la tenga.

—En fin, él es el gilipollas que va a tener que vivir en una casa diseñada por su ex —dijo Joshua.

Faith suspiró.

—Sé que estáis pensando que teníais razón y que me advertisteis, pero no teníais razón. Sea lo que sea lo que pensáis que ha pasado entre Levi y yo, os equivocáis.

—¿Entonces no te ha... deshonrado? —preguntó Joshua.

—Claro que sí —respondió Faith con mirada desafiante—, pero lo quiero y no me arrepiento de lo que pasó. Fue un error, pero fue mi error. Y tenía que hacerlo.

—Faith —dijo Joshua—, sé que a veces lo parece, pero no tienes que justificarte ante mí. Siento que estés sufriendo.

—Sobreviviré —respondió, aunque sospechaba que no podría.

—Faith —añadió Isaiah con una mirada de comprensión nada propia de él—, a veces una persona no es capaz de ver lo que tiene delante de los ojos. A veces un hombre necesita quedarse solo para poder comprender lo que tenía antes. A veces los hombres que no se merecen el amor son los que más lo necesitan.

—¿Como tú?

Él la miró con los ojos llenos de emoción.

—Sí. Y sería un hipócrita aceptando el amor que recibo de Poppy y pensando al mismo tiempo que Levi no se merece esa oportunidad contigo. O tal vez «merecer» no es la palabra adecuada. No se trata de merecer, porque yo no me merezco lo que tengo. Pero la amo. Con toda mi alma. Y me llevó un tiempo darme cuenta porque el pasado se entrometió.

—Ese es nuestro problema. Hay demasiado pasado.

—Pero tú ahí no puedes hacer nada —dijo Isaiah—. La decisión es suya. La pregunta es: ¿vas a esperar a que se decida?

—Yo voto porque no lo hagas. Porque eres demasiado buena para él.

—Yo voto porque lo hagas —añadió Isaiah—. Precisamente porque eres demasiado buena para él. A veces, cuando una mujer es demasiado buena para un hombre, eso supone que él la amará mucho más que nadie —carraspeó—. Por experiencia puedo decir que, si eres una persona a la que cuesta amar, cuando por fin alguien te ama, merece la pena.

—No eres una persona a la que cueste querer —dijo ella.

—Eres un encanto diciendo eso, pero está claro que tengo mis momentos. Y seguro que él también. Y cuando se dé cuenta de todo lo que le has dado, sabrá que ha sido un gilipollas al dejarlo escapar.

—Sigo sin estar de acuerdo —dijo Joshua.

—¿Y a quién vas a hacer caso en el tema de relaciones interpersonales? ¿A él o a mí?

Faith miró a Isaiah, su hermano con problemas para conectar con la gente aunque ninguno en absoluto para amar a su mujer. Sonrió, pero no dijo nada. Se sentía rota. Aun así, Isaiah le había dado esperanzas y se aferraría a ellas con todas sus fuerzas.

Porque sin esperanza... lo que tenía ante sí era un futuro sin Levi. Y eso hacía que toda la perfección anterior resultara insignificante.

Capítulo Dieciséis

Llevaba dos semanas sin ver a Faith y en ese tiempo habían comenzado las obras de su nueva casa, había tenido varias charlas con Jonathan Bear y había hecho una entrevista que sabía que llegaría a los círculos de su exmujer. Había invitado al periodista a la casa donde estaba alojado y habían salido a cabalgar mientras le había dado su versión de la historia.

Había ido bien y los titulares habían salido en la prensa nacional, y gracias a Internet también en la internacional, junto con fotos suyas y de los caballos. Los animales lo habían hecho parecer más cercano y accesible.

Y, desde luego, su alianza con Faith no había hecho más que ayudar. Pero lo que más le había sorprendido habían sido las declaraciones por parte de Construcciones GrayBear incluidas en el artículo, que imaginaba habrían venido de Joshua. Le habían sorprendido porque el hermano de Faith había hablado de lo encantados que estaban de trabajar en ese proyecto para él. De darle esa oportunidad para un nuevo comienzo.

Para la redención.

Levi no sabía qué narices le habría dicho Faith a su hermano, pero desde luego no se había merecido esas palabras. Aun así, las agradecía.

Miró el artículo mientras oía la voz de Faith: «Nunca has salido de aquella prisión».

Faith, su fe, le había dejado un vacío en la vida que imaginaba que jamás podría llenar. Pero así tenía que ser, por mucho que ella no lo entendiera.

Él tenía su camino y ella el suyo.

No había nada que hacer. Su destino ya estaba fijado mucho antes de haberla conocido y ya no tenía remedio.

Ese día había ido a la zona de construcción a echar un ojo y todo marchaba genial. Faith no se había equivocado: Jonathan Bear era el mejor.

Giró en círculo mirando todo el ajetreo y la actividad que bullían a su alrededor, pero se detuvo al ver un Mercedes subiendo por el camino. Deportivo y rojo brillante.

Cuando el coche frenó, vio a una mujer dentro, con gafas de sol y el pelo largo y suelto. Rabioso, vio a la rubia bajar.

Alicia. Su exmujer.

Llevaba un vestido negro ajustado que ahí, en zona de obras, resultaba ridículo. Al menos había tenido el sentido común de ponerse unos zapatos planos en lugar de los tacones de aguja que solía llevar. Su cuerpo se contoneaba bajo la tela ceñida mientras caminaba hacia él.

La había amado. Durante muchos años. Y luego la había odiado.

Y ahora... Faith ocupaba todo su cuerpo y toda su alma.

—¿En serio estás aquí?

No podía creerse que Alicia se hubiera atrevido a plantarse allí.

—Sí. Pensé que no estarías dispuesto a verme si te llamaba primero. Me he arriesgado a venir con la esperanza de encontrarte aquí. Con toda la publicidad que le están dando a tu casa nueva, no me ha costado encontrarla.

—O eres una mujer muy valiente o una muy tonta.

Ella alzó la barbilla.

—O una mujer con permiso para portar armas.

De pronto el bolsito negro que llevaba pareció menos inofensivo.

—¿Has venido a dispararme?

—No, pero tampoco me parecería mal.

—¿Por qué cojones te ves en el derecho de estar enfadada conmigo?

—No vengo enfadada, pero no sabía cómo ibas a recibirme, así que por supuesto he pensado en formas de protegerme.

—Jamás te he puesto una mano encima. Jamás te he dado motivos para que pienses que tienes que protegerte de mí.

—En serio que no pretendía que pensarán que me habías matado.

—¿Ah, no? Sabías que fui a la cárcel. ¡Joder! Estuviste desviando fondos de mis cuentas para financiar el estilo de vida que querías llevar en la Riviera Francesa, así que yo creo que sí que sabías lo que hacías.

—Sí, Levi, quería robarte dinero, pero no quería que fueras a la cárcel. Quería desaparecer y necesitaba dinero para vivir como quería. Cuando te arrestaron, no supe qué hacer. En ese momento se había montado semejante circo en torno a mi desaparición que no podía volver.

—Ah, no, claro que no.

—La gente como nosotros tenemos que cuidarnos.

—Yo te cuidé. Estuvimos juntos doce años e incluso mientras estuve en prisión, para mí fuiste la única, así que en realidad es como si hubiéramos estado diecisiete años. Estaba preocupado por ti. Estaba enamorado de ti.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? He pasado cinco años en la cárcel y toda mi reputación se ha ido al traste, ¿y dices que lo sientes?

—Quiero recuperarte. Sé que parece una locura, pero... estoy destrozada.

—Estás arruinada y te da miedo lo que pueda hacer.

El ligero destello de rabia en los ojos de Alicia antes de que volvieran a adoptar un gesto de inocencia le dijo que no se equivocaba.

—No tengo dinero, no voy a mentirte.

—Pues tienes un buen coche.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo lo que tengo. No puedo estar sin coche. Y tienes razón, fui tu esposa durante todo ese tiempo, pero eso fue lo único que fui. No tengo nada y ahora nadie quiere acercarse a mí.

—Perdóname si no me preocupa mucho que haber fingido tu muerte te haya dejado sin muchas opciones.

—No fingí mi muerte. Desaparecí. Que la policía se pensara que estaba muerta no fue culpa mía.

—Alicia, ¿en serio estás diciéndome que pensabas que querría recuperarte?

—¿Por qué no? Quieres mostrar una historia de redención, y volver conmigo nos beneficiaría a los dos. No creo que hayamos estado perdidamente enamorados el uno del otro. Los dos queríamos algo del otro, y lo sabes. No vayas ahora de digno. Podemos volver. No tienes por qué ser rencoroso.

—¿Que no tengo por qué ser rencoroso? ¿Y eso me lo dices tú?

Ahí estaba Alicia, pidiéndole que la rescatara. Que la sacara del infierno que ella misma había creado.

Y fue en ese mismo momento cuando Levi supo que podía hacerle creer que iban a volver para, tal vez así, sacarle información de las ilegalidades que cometió y conseguir la venganza que quería. O también podía terminarlo todo ahí y dejarla hundida.

¿Pero luego qué? ¿Qué alimentaba a toda esa rabia y todo ese odio?

¿Dónde estaba la libertad? ¿Dónde estaba la recompensa? Solo le quedaría una casa llena de recuerdos de Faith pero sin ella dentro.

Se vio junto a una celda y sujetando una llave. Sabía que tenía que decidir. ¿Qué hacía? ¿Abría la puerta y salía o tiraba la llave tan lejos que jamás podría alcanzarla de nuevo?

Faith tenía razón.

Lo habían condenado a cadena perpetua, pero no tenía que someterse a ella.

Consumido por el odio, había estado buscando satisfacción, venganza. La clase de satisfacción sucia y retorcida con la que habría disfrutado su padre.

Pero había otra opción. Había otro camino.

La esperanza. El amor.

Tenía que elegir. Tenía que elegir la esperanza por encima de la oscuridad; el amor por encima del odio.

Pero ahora mismo, teniendo tan cerca esa satisfacción sucia y oscura, era complicado elegir. Aunque por otro lado...

Faith podía estar en el otro lado.

Si era lo bastante fuerte para parar ahora, Faith estaría esperándolo al otro lado.

—Lárgate.

—¿Qué?

—No quiero volver a verte. Te daré un cheque, aunque no por mucho dinero. Y cambia de coche, joder. No te doy el dinero por ti, sino por mí. Por acabar con esto. Por olvidarme de esto. Ya me da igual lo que pienses que te hice o lo que quisieras hacerme. Hemos terminado. Y, una vez cobres el cheque, no quiero que vuelvas a pronunciar mi nombre. ¿Me entiendes?

—No quiero un cheque —dijo Alicia acercándose y agarrándolo de la camisa—. Te quiero a ti.

Él le apartó las manos con brusquedad.

—No me quieres. Y, por supuesto, yo no te quiero a ti. Pero tampoco voy a dejar que sufras el resto de tu vida. ¿Y sabes por qué? Porque, aunque deseo con toda mi alma hacerte pagar por lo que me has hecho, no lo haré. No voy a dejar que esa parte de mí gane. Porque he conocido a una mujer y la amo. La amo. No te imaginas la clase de amor que he encontrado con ella. No te imaginas cómo me quiere. Es un amor que no me merezco, así que tengo que intentar ser un hombre merecedor de semejante amor. Por eso quiero que te alejes de mí. Por eso decido olvidarte y seguir otro camino. Y ni se te ocurra seguirme.

—Levi...

—Márchate ya y cobra tu dinero. Pero si no...

Ella se quedó mirándolo como esperando que él cambiara de opinión, como si pensara que tenía algún poder sobre él. Pero no lo tenía. Ya no. Ya no tenía poder ni sobre su rabia, ni sobre su amor, ni sobre su futuro.

El influjo de Alicia y el influjo de su infancia dejaban de afectarlo.

Porque el amor era más fuerte.

La fe, Faith, era más fuerte.

—Vale, me iré.

—Bien.

Impasible, la vio marcharse. Y mientras ella se alejaba en el Mercedes, él miró al cielo y vio un pájaro sobrevolándolo.

Libre.

Era libre.

Pasara lo que pasara ahora, Faith le había dado esa libertad.

Pero quería que la compartiera con él. Lo quería más que nada.

Había vivido una vida marcada por la rabia y por la avaricia con la que lo habían envenenado las personas que lo habían rodeado y él había dejado que ese veneno creciera en su interior.

Pero eso ya había quedado atrás.

Ya no permitiría que ganara la oscuridad.

Estaba listo. Por fin estaba listo para salir de esa prisión y ser libre.

Con Faith.

Capítulo Diecisiete

Era domingo otra vez. Ese día tenía la manía de volver con alarmante regularidad y Faith lo encontraba cada vez más insoportable, porque cada vez le costaba más hacerse la valiente delante de su familia.

Sus hermanos, y por extensión sus esposas, ya sabían todo lo que había pasado. Y aunque no había hablado con sus padres del asunto, sospechaba que también lo sabían.

Suspiró y bajó la mirada al plato de asado. No le apetecía comer. Lo normal habría sido que, después de dos semanas, las cosas estuvieran mejor, pero estaban incluso peor.

¿No se suponía que el tiempo lo curaba todo?

Pero a ella eso solo le recordaba que tenía mucho más tiempo por delante sin Levi.

Ojalá pudiera estar con él. Lo deseaba más que nada en el mundo.

Sonó la puerta y sus padres miraron a su alrededor como contando que estuvieran todos. Y, sí, estaban todos. Desde Devlin hasta el pequeño Riley.

—¿Quién será? —dijo su madre.

—Ya voy yo —contestó su padre saliendo del comedor en dirección a la puerta.

Por la razón que fuera, Faith siguió a su padre con la mirada. Por la razón que fuera, no podía dejar de mirar, nerviosa.

Porque lo sabía. Una parte de ella lo sabía.

Y cuando su padre volvió al instante, vio que no se había equivocado.

Ahí estaba.

Levi Tucker, desentonando con su enorme presencia en el acogedor comedor de sus padres. Era increíble, pero, aun así, ahí estaba.

—Este joven dice que ha venido a verte.

Sus tres hermanos se levantaron y ninguno parecía muy contento.

—Si quiere ver a Faith, primero tiene que hablar con nosotros —dijo Devlin.

¡Soplones de mierda! No le había contado nada a Devlin, así que estaba claro que habían celebrado una cumbre de hermanos mayores para acordar si le partían o no la cara a Levi si se presentaba en casa. Y estaba claro que habían optado por hacerlo.

—Yo puedo hablar con él —dijo Faith.

Su padre parecía preocupadísimo, como planteándose si debería ponerse del lado de sus hijos. Pero su madre se levantó también y con tono suave aunque firme dijo:

—Si Faith quiere hablar con este caballero, entonces espero que todos se lo permitamos.

Sus hijos, corpulentos y unos auténticos machos alfa, hicieron exactamente lo que su madre les dijo.

—Será solo un momento —dijo Faith al levantarse de la mesa—. Hola —le dijo a Levi en la entrada del comedor.

—¿Por qué no vamos al salón?

—Vale.

Entraron en el salón; el salón con la alfombra que su madre había trenzado a mano hacía años y donde ella había crecido viendo dibujos.

Había contado con que no podría llevar a ese hombre a su casa, pero al final él la había seguido hasta allí.

—¿Hay algún problema con el diseño? —preguntó Faith cruzándose de brazos para ponerse una coraza alrededor del corazón.

—Si tuviera que hablar contigo del diseño, habría ido a la oficina.

—Pues si hubieras ido a la oficina, no habrías montado esta escenita.

—Pero entonces habría tenido que esperar a mañana, y no podía esperar.

Se quitó el sombrero y lo dejó en el sofá. Suspiró antes de decir:

—He tardado un poco, pero me he aclarado las ideas y tenía que verte.

—¿Sí? —preguntó Faith mirándolo fijamente y apretando más los brazos.

Parecía agotado, como si llevara tiempo sin dormir.

—Alicia ha venido a verme.

—¿Qué?

—Alicia ha venido a verme para que volvamos.

—¿Cómo se atreve? —preguntó furiosa.

—Era la oportunidad perfecta para hacerla pagar por lo que me hizo, para destruirla, y me lo puso en bandeja porque me contó sus problemas. Me dio herramientas para hacerlo.

Ella lo escuchaba aterrada. ¿Qué habría hecho?

—Pero tienes razón. Has tenido razón todo el tiempo.

—¿En qué? —preguntó Faith llevándose una mano al pecho como para intentar calmarse el corazón.

—En que tengo elección. En que puedo elegir qué clase de hombre quiero ser y si vivir o no en una prisión. Puedo elegir qué camino quiero seguir. Me preocupaba seguir el mismo camino que mi padre, que fuera a acabar como él inevitablemente. Pero solo era inevitable si me aferraba al odio en lugar de al amor. Y tú me lo has enseñado. Tú me has dado algo... que no merecía. Tú has creído en mí cuando nadie lo había hecho nunca. Tú me has dado una razón para creer que puedo tener un futuro distinto. Me has dado una razón para querer un futuro distinto.

—No sé cómo puedo...

—A veces solo mirar a una persona a los ojos y ver confianza en ellos lo cambia todo. Tú me miraste y viste a alguien que nadie había visto nunca. Y quiero ser ese hombre. Quiero serlo para ti. Quiero ser el hombre que ves cuando me miras. El hombre que te importa.

—Levi, ya eres ese hombre. Siempre lo has sido.

—No. Antes no lo era porque estaba demasiado consumido por otras cosas, y el amor es demasiado preciado y valioso como para portarlo con rabia y en los mismos brazos en los que se porta el odio. No podía odiar a Alicia y, a la vez, darte el amor que mereces. Si lo hubiera hecho, te habría encerrado en una prisión conmigo, y no te mereces eso. Te mereces mucho

más. Te lo mereces todo —respiró hondo—. Te quiero. Le he dado dinero a Alicia y he tardado dos días en ultimarlos todo y en redactar unos documentos legales. No hablará de mí en los medios. Si lo hace, tendrá que devolverme todo lo que le he dado.

—¿Por qué le has dado dinero?

—Para asegurarme de que se mantiene alejada de nuestra vida. No la quiero cerca de ti nunca.

—No hacía falta...

—Haría lo que fuera por protegerte. Y no me fío de ella. Tenía que guardarme al menos una carta para asegurarme de mantenerla alejada. Y sabía que, si estaba por ahí desesperada, se convertiría en un problema.

—Pero darle dinero a una mujer que odias...

—¿Sabes? De pronto ha dejado de importarme. Porque tengo una mujer a la que amo y por la que moriría. Por eso no me ha costado nada renunciar a mi rabia.

—Levi...

—Lo que siento —dijo acercándose y agarrándole una mano para llevársela al pecho— es mucho más grande que el odio. Es lo que quiero. No quiero ser el hijo de mi padre. No quiero ser la víctima de mi exmujer. Quiero ser tu marido.

—Sí.

Faith lo rodeó por el cuello y lo besó. Lo besó como si no estuvieran en el salón de sus padres.

Lo besó como si lo fuera todo para ella.

Porque lo era.

—¿Pero qué pasa con tus planes de no casarte hasta tener al menos treinta y cinco años? Y que quede claro que te esperaría. Haré lo que necesites.

—No quiero esperar. Puedo lograr todos mis sueños. Puedo con todo.

—Y tanto que sí —dijo él riéndose y levantándola del suelo—. Puedes con todo.

Faith oyó a alguien carraspear y, al girarse, vio a su padre en la puerta.

—Contaba con que el hombre que le pidiera matrimonio a mi hija me lo consultaría a mi primero.

Levi se puso recto, se le acercó y le ofreció la mano.

—Soy Levi Tucker y me gustaría casarme con su hija. Pero, y no pretendo ser irrespetuoso, ya me ha dicho que sí y lo cierto es que la respuesta que necesito es la de ella.

Su padre sonrió y le estrechó la mano.

—Cierto.

—Es la persona más importante de mi vida —añadió Levi.

—No soy tan importante.

—No, solo me has salvado. Nada más.

—Nada más —repitió ella sonriéndole.

—Me alegra que le hayas pedido matrimonio porque, probablemente, así no tendré que intentar frenar a mis hijos para que no te maten. Probablemente...

Su padre volvió al comedor y los dejó solos.

—¿Tengo que preocuparme tanto por tus hermanos?

—Lo más seguro es que no te pase nada.

—¿Lo más seguro?

—Lo más seguro —le confirmó ella.

Faith lo miró a los ojos y sintió como si su corazón hubiera echado a volar. Como un pájaro. Libre.

Y mientras Levi la abrazaba, supo que eso era el amor para ellos.

Redención. Esperanza. Libertad.

Epílogo

Cuando la casa estuvo terminada, él cruzó el umbral con Faith en brazos.

—Se supone que esto solo se hace con tu esposa —señaló ella.

—Pronto lo serás —contestó Levi antes de besarla.

—En un par de meses.

—Ahora el matrimonio va a ser distinto para mí. Cuando me casé la primera vez... No es que me diera igual, pero lo hice porque pensé que con ese matrimonio podía demostrar algo. Lo importante ahí no era ella, sino yo. Me importaba más demostrarme algo que ser un buen marido. Pero contigo no quiero demostrar nada. Te amo y quiero estar contigo. Quiero hacerte feliz. Es lo único que busco.

—Y yo quiero hacerte feliz a ti. Si los dos abordamos así nuestra relación, nos irá bien.

Levi la dejó en el suelo y los dos miraron a su alrededor. La felicidad en los ojos de Faith era indudable.

—Estamos dentro de un lugar que has creado tú. ¿No te maravilla?

A él sí lo maravillaba. Ella lo maravillaba. La había considerado demasiado joven, demasiado inocente, pero Faith Grayson era una fuerza poderosa y creativa. Una belleza.

Perfecta para él.

Ella, ruborizada, agachó la cabeza.

—Sí, más o menos. Aunque ya he hecho muchos edificios. Pero nunca he hecho uno... para mí.

—Este lo hiciste para mí y nunca te pregunté si te molestaba.

—¿Por qué iba a molestarme?

—Porque aún no has tenido oportunidad de diseñar tu propia casa.

—¿Sabes? Siempre he pensado mucho en casas, lógico trabajando en lo que trabajo, y siempre había pensado que el hogar era el lugar donde crecías. Nunca pensé que pudiera encontrar un hogar en una casa que no fuera la de mis padres. Allí di mis primeros pasos, lloré por los exámenes, sufrí por si me admitían o no en la universidad. Celebramos fiestas y mantuvimos infinitas discusiones familiares alrededor de la mesa del comedor. Jamás pensé que ninguna casa, ni siquiera una hecha a medida, me pudiera transmitir la sensación de hogar como esa casa. Pero me equivocaba.

—¿Sí?

Faith dio un paso hacia él y le hundió un dedo en el pecho.

—Esto es un hogar.

—Ni siquiera tenemos muebles.

—No me refiero a la casa —se puso de puntillas y lo besó en los labios—. Me refiero a ti. Tú eres mi hogar. Estés donde estés, ahí está mi hogar.